

15 Relatos de autor



15 Relatos de autor

Antología de relatos breves
españoles e hispanoamericanos

Una edición de Letras Entre Amigos

<http://tallerdeliteraturaentreamigos.blogspot.com/>

Portada: Rosa Osuna

Todos los textos son propiedad de sus respectivos autores.

Prohibida la reproducción por cualquier medio sin
consentimiento expreso del autor.

Febrero 2012

Sumario

- **La sirena**, por Belén Garrido Cuervo
 - **El crisol de los deseos**, por Ricardo Durán
 - **La elegida**, por Lautaro Volpi
 - **Comiendo diferente**, por Maritza Soler
 - **Amores de sangre**, por Antony Sampayo
 - **Dos, Tres, Uno**, por Eduardo Krüger
 - **Diario de un suicidio**, por José García Montalbán
 - **Katty**, por Blanca Miosi
 - **El libro de la Verdad**, por Alejandro López Fdez.
 - **Indios y vaqueros**, por Milagros García Zamora
 - **Rezos infantiles**, por Jessica Castro
 - **Osiris**, por Juan Antonio Marín
 - **Las dos Elenas**, por Mario Archundia
 - **Jonás**, por Mario Archundia
 - **La decisión**, por Fernando Hidalgo
-

La sirena

Por Belén Garrido (*Pepa*)

Las sirenas de las ambulancias suenan igual en todas partes. Es un sonido universal con nombre de mujer, de mujer acuática y misteriosa que seduce a los hombres. La pesadilla que acude puntual a mi sueño se limita a ese sonido de alarma que se acerca a la misma velocidad que mi pánico. Temo que la sirena se detenga a cantar bajo mi ventana y temo igualmente que su canción pase de largo. Pero es igual porque, en cualquier caso, la sirena ha seducido al único hombre que me importa. Y se lo lleva.

1. Raquel

Deberíamos saber que la vida no es más que un pulso inacabable que nos agota y que no siempre ganamos. Yo empecé a sospecharlo cuando lo conocí. Lo supe a pesar de la franqueza con la que sabían mirarme sus bellos ojos negros. Al final, cualquier historia no es más que una sucesión de guerras y batallas, una sucesión de vencedores y vencidos, una sucesión de luchas por alcanzar el poder el cual siempre termina en las manos de los más fuertes. Porque los fuertes jamás se rinden ni abandonan. En mi particular historia yo luché, pero temo que sin la voluntad de pedernal que tiene el dominante.

Todo comenzó la tarde en la que, al salir de la última clase, él no estaba esperándome al fondo del pasillo junto con otros colegas. Era algo habitual entre unos pocos compañeros acabar la jornada echando unas risas para distraer la tensión del día. Una excelente terapia. Pero hasta

ese día en el que me sentí extraña al notar su falta, nunca había pensado que él fuera especial. Nunca me habían llamado la atención sus fuertes manos morenas ni me había fijado en la voz que prestaba a sus palabras. Fue precisamente al no encontrarlo cuando me llené de él. Una ausencia. Una premonición.

2. Irene

No reconozco esa arruga vertical y profunda situada entre mis cejas, pero sí la tremenda amargura que delata. Me reconozco en el mal humor y en la rabia y en esa opresión que crece lenta pero que, imparable, va ocupando todo mi interior. Siempre viví con el temor a que dejara de quererme. Ese temor se asemeja a un resquemor crónico al que se acaba uno acostumbrando, pero que nunca deja indiferente. Con el tiempo, o agota la existencia o temple la voluntad. A mí me ha llenado de ansiedad hasta colmarme.

Cuando despierto por las noches no puedo resistir la tentación de rozar este cuerpo que respira junto al mío, relajado y tranquilo pero que contiene la voluntad de un hombre cada vez más lejano e indiferente. Hace tiempo que sospecho que algo pasa. Conocemos demasiado bien los silencios de nuestro hogar como para creer que éstos forman parte de una nueva forma de amar que hayamos inventado para distraer el tiempo según pasa. No. Está callado, y su mirada, que conozco inquieta, busca cualquier excusa para quedar cautiva más allá de mi sombra: la mirada perdida de quien piensa en otra cosa.

Deseaba más que nada en el mundo que algo sucediera que ayudara a detener el tiempo o lo terminara. Algo que nos evitara pensar en las decisiones que inevitablemente debíamos tomar y que desbaratará la bravura de estos sentimientos que tanto nos pesaban. Deseaba que nada de esto hubiera sucedido y todo se resolviera de manera que pudiéramos continuar con nuestra vida acomodada de siempre. Como si nada hubiera pasado. Este deseo era el único que me quedaba cuando dejaba de pensar en él. Pero era un deseo imposible.

3. Raquel

A partir de aquel momento en el que me dolió su ausencia como un exilio, la paz en la que vivía instalada desde hacía algunos años fue sustituida por el deseo irrefrenable de estar a su lado. Estar con alguien, enamorarme, eran deseos que no me turbaban demasiado y creo sinceramente que no buscaba nada de eso ni lo esperaba. Y menos aún, entonces y en ese caso... Él era un hombre ajeno y yo una mujer sensata... Veía claramente que, en el mejor de los casos, aun cuando me llegara a convencer de que esta situación pudiera proporcionarme algo de felicidad, ésta, me decía, no sería duradera. Pero algunas veces, pocas veces, tal vez una sola vez en la vida, las personas comenzamos a perderlo todo hasta dejar de ser dueñas de nosotras mismas...Y él se apoderó de mí. Me poseyó como un demonio su imagen de hombre sereno de lentas palabras, de sonrisa cordial y tentadora, de gestos suaves y apacibles. La imagen del hombre seguro de sí mismo... que dudaba... No, él no era en modo alguno un espejismo. Entregarme al trabajo no servía de distracción porque precisamente era el trabajo lo que obligaba que nos viéramos a diario. Sin embargo, no se dio entre nosotros el proceso de seducción que cabría esperar. No hubo palabras

insinuantes, ni gestos ambiguos, ni roces casuales, ni encuentros poco accidentales. Más bien todo lo contrario, porque yo prefería diluirme y convertirme en nada a enfrentarme con el sufrimiento que, sospechaba, me traería tanto el triunfo de atraerle como el fracaso de verme rechazada.

4. Irene

No abriré la puerta a la oportunidad preguntándole abiertamente qué es lo que le pasa. No voy a pedirle explicaciones, ni excusas, ni mucho menos voy a darle la ocasión para que me haga una confesión, porque no quiero aliviarle el peso que sé que lleva dentro. No tengo nada para la comprensión que está buscando. Está aquí y es lo único que me importa. No hay nada más. Asumo destrozarme con la duda especulando con el contenido de sus pensamientos... Eso, al menos, me permite el alivio de una tregua en aquellos momentos en los que ya no puedo más. La duda es lo que tiene, que va y viene, me ahoga y me da aire... no acaba nunca... si no quiero. La verdad sería otra cosa. Y yo no quiero saber la verdad. ¿Por qué tendría que querer?... ¿Qué gano con saber la verdad? Si le hiciera la pregunta que me pide a diario su mirada, su respuesta me dejaría sin aliento... sin posibilidad de vuelta atrás... Y él se iría... al fin aliviado, feliz gracias a mí, en busca de una nueva vida... ¡No! Él quiere mis palabras... ¡pues yo tengo montones de palabras para darle!... palabras que le hablan de sus hijos, de su futuro, de la importancia que tiene un padre para ellos... palabras que también le hablan de mí... también de mí...

Tendrá que encontrar lo que busca sin mi ayuda.

5. Raquel

Una tarde de invierno seguimos juntos una vez que nuestros compañeros se hubieron despedido. Caminábamos uno al lado del otro por una calle escasamente alumbrada por farolas. Hacía frío y había poca gente por la acera. Por la acera de una pequeña villa que era la nuestra, la de nuestros conocidos, la de nuestras familias... Caminando por aquella acera, había evitado cualquier encuentro con sus ojos, estaba exhausta de tanto evitar cualquier mirada que me delatara, cualquier gesto que me descubriera..., pero no fui capaz de evitar aquella mano que tomó la mía con la ternura de la primera vez, pero con la seguridad de quien toma algo amigo y cotidiano.

Yo tenía cuarenta años, él cuarenta y dos. Esa tarde fui feliz, y contra todo pensamiento razonable, pensé que esa felicidad me duraría.

6. Irene

Han sido los rumores los que me arrancaron del letargo. Y he sido azotada en lo más profundo de mi intimidad hasta dejarme como me siento: desnuda y vulnerable. Sin acertar demasiado a razonar. Es éste un pequeño pueblo donde nada es invisible ni puede mantenerse oculto. Donde nada se escapa y, ¡maldita sea!, cosas como ésta llevan en su fondo un resabio de piedad y compasión que me produce asco. Asco.

Sospecho que él también sabe que ha llegado el momento de dejar de mirarme con cara de víctima. No tiene derecho a seguir considerando que debo ser la más fuerte de

los dos. A seguir dando por sentado que soy una mujer cuya dignidad me hará escoger el camino más sensato y tomar las riendas de esta triste situación de la que él, seguro que lo piensa, tampoco es culpable. Lo siento, Irene. Eso me dirá: que lo siente. Que lo siente, que siempre me ha querido y que al fin y al cabo él también sale perdiendo algo con esto que se rompe. Eso me dirá. Con su voz... Quizá hasta se atreva a tocarme con la yema de los dedos e intentará acercarse a mi mirada porque él confía plenamente en el respeto que siento por mí misma.

Confiamos en las palabras. Los gestos también nos hablan. Siempre sabremos más si escuchamos el lenguaje de los gestos. Sin embargo, sólo las palabras son definitivas. Tienen en su interior el valor de una firma. Pero... hay palabras que sólo tienen el coraje de ser pensamientos. Y aunque nos aboguen, no somos capaces de pronunciarlas. Llevan en su interior el valor de una sentencia. Cáncer es una de esas palabras.

7. Raquel

No estaba preparada para nada de lo que vino a continuación, pero me entregué con un esfuerzo sobrehumano a la tarea de ir aprendiendo. El secreto todo lo magnífica. El amor, sobremanera. Comenzamos una relación de pasión y remordimientos, pero con ausencia de dudas. Poco a poco me fui convenciendo de que el mundo era mi amigo porque todos los recelos se volvieron ilusiones al calor diario de su piel. Todo era fácil a su lado. Me pregunto qué es realmente este impulso que sentimos, de qué

demonios está hecho que logra transformarnos. Dicen que no es más que un mero asunto de fisiología. Pura química puesta a nuestro servicio. Yo no lo sé, pero derrochamos aquello de lo que estuviera compuesto y al final hicimos polvo la prudencia. Fue él quien propuso separarse de su esposa. A esas alturas yo hubiera aceptado cualquier trato, pero él prefirió no hablar de alternativas. Habíamos llegado a olvidar que ella también compartía la misma profesión y, aunque no estuviéramos en el mismo centro, nos sobraban conocidos comunes. Fue por esos días cuando comentamos que había perdido peso. Lo atribuimos a la tensión de las últimas semanas y a lo que próximamente deberíamos enfrentarnos. Sin embargo, poco después comenzó a encontrarse mal.

Nuestra relación duró todo el tiempo que tuvimos.

8. Irene

Una noche llegó un poco antes de lo acostumbrado y propuso nuestra separación. No improvisó siquiera una pequeña pieza de teatro en la que yo representara algún papel. Fue un monólogo. Corto. Me dijo que respetaba mucho mi tiempo como para hacérmelo perder. Que me consideraba una mujer inteligente, práctica, amiga de las cosas claras. Por eso me había querido, me seguía admirando y por eso era incapaz de mentirme. Eso me dijo. También decidió que tendríamos que comenzar con los papeles cuanto antes. Trató de sonreír. Él no pondría problemas a nada que yo le planteara. En un par de días hablaríamos con los chavales. Él no había buscado nada de esto. Y le apenaba profundamente que hubiera pasado. Me había amado mucho. Eso me dijo mientras yo intentaba sustraerme al encantamiento de su voz. Hizo ademán de rozar mi rostro

con sus dedos mientras sus labios decían, ¡dios, sus labios!, que él también salía perdiendo algo con esto que se rompía. Eso me dijo. Y yo hice honor a mi fama de mujer práctica y tranquila y no opuse resistencia. Logré sonreír y bajé la cabeza porque necesitaba ocultar los ojos. Sólo deseaba que algo sucediera que lograra detener el tiempo.

Hacía semanas que le notaba enfermo. Apenas comía y había adelgazado sensiblemente. Hasta entonces habíamos actuado como si ninguno de los dos nos hubiéramos dado cuenta. Ambos pensábamos en iguales motivos para justificar su malestar. Al fin y al cabo, a mí también me pasaba un poco de lo mismo. Sin embargo, yo buscaba un clavo ardiendo para prenderme de él con todas mis fuerzas. Esa noche lo oí levantarse varias veces. Cuando no pude más, yo también me levanté. Me impresionó su aspecto céreo y no pudo rechazarme cuando decidí que debíamos visitar al médico al día siguiente.

9. Raquel

Una mañana él faltó al trabajo. Poco después me llegó el rumor de que se había presentado una baja por enfermedad. Era una nueva ausencia lo que me desconsolaba. El último día que pasamos juntos se había marchado decidido a hablar con su esposa, pero no sabía si lo había llegado a hacer. Dejé pasar unos días intentando disimular la preocupación, trataba de comportarme como una compañera más, sin demostrar la ansiedad que me comía. Pero nadie sabía decirme gran cosa. Al final no pude resistir la tentación y, al no dar con él, marqué el número de su casa. Me temblaban las manos porque nunca pensé que yo tuviera que llegar a eso. La primera vez que escuché el tono que indica que la línea está ocupada, respiré aliviada,

pero luego, cuando una y otra vez, día y noche, no conseguí más que escuchar ese sonido de persistente impotencia, enloquecí de desesperación. No tuve más remedio que desnudar mi angustia ante los compañeros y preguntar abiertamente si alguien quería decirme algo. Días más tarde empezó a saberse que estaba en el hospital. Logré enterarme de que había sido operado urgentemente. El sistema digestivo, una úlcera tal vez. Algunos compañeros se acercaron a interesarse por él e intentaron verle, pero recibía pocas visitas.

Hay deseos que no deberían cumplirse porque pueden caer sobre nosotros como una maldición.

10. Irene

El médico de familia era un amigo personal y un profesional experto. De la consulta nos derivó directamente al hospital y ya no fue posible salir de allí. Viví todo aquello bajo la impresión de que, de alguna manera, le había recuperado porque él empezó a necesitarme para aliviar el miedo que le provocaron la prisa y los sucesivos análisis que nunca terminaban. No lo dejé en ningún momento. No me lo pidió. Casi me atreví a pensar que aún me cabía una esperanza.

11. Raquel

En doce días no supe nada de él. Eran las nueve de la noche del decimotercero cuando el teléfono sonó y lo presenté al otro lado. Sólo percibía claramente la flaqueza del

cuerpo cuando cogí el auricular y el rugido de trueno de mi agitada respiración. Oí pronunciar mi nombre con una intensidad dolorosa y confieso con infinito pesar que sólo fui capaz de pensar en mí misma en ese largo instante de silencio que se produjo después. No puedo precisar ningún detalle de aquella conversación rápida y furtiva que mantuvimos, salvo que pronto volvería a casa y estaríamos juntos. Sólo después alcancé a darme cuenta de que hasta el aire de la habitación había quedado impregnado de la tristeza inmensa de su voz.

12. Irene

En menos de seis meses, la forma que tenía de entender la vida había dejado de tener sentido y me encontraba como quien descubre que, tras iniciar una tremenda lucha, el premio no fuera más que humo. Los médicos que lo trataron no me dieron muchas esperanzas. La operación sólo había servido para comprobar lo que se temía desde un primer momento. Yo sólo acertaba a pensar que era como si lo hubiera perdido doblemente. Ahora que ya ha pasado algún tiempo, sigo sin poder ver con claridad qué mecanismos se desencadenaron en mi interior, qué furia me dominó, de dónde provenía la fuerza que me hizo creer que le retendría conmigo pese a todo.

Volvimos a casa tres semanas más tarde. Estaba débil, pero se fue reponiendo con rapidez. Se convirtió nuevamente en el hombre fuerte cuyo recuerdo me sigue taladrando. Estaba conmigo y todos aquellos planes sombríos que teníamos juntos quedaron en nada. En aquellos oscuros momentos llegué a pensar que si la contienda era directamente con la muerte me sentía capaz de ganar. El tiempo parecía ponerse de mi lado porque día a día

fue encontrándose mejor, más optimista, fue recuperando la sonrisa, el mismo aspecto que había logrado enamorarme y algo de la complicidad que habíamos perdido. Yo, en medio de la pena, me sentía redimida por la fantasía de que todo era como antes.

La pena, como el miedo, es una emoción que todo lo disculpa.

13. Raquel

Tuve que aprender a conformarme con verlo dar aquellos primeros pasos de su recuperación, cogido de la mano de su esposa. Su caminar era lento, su figura delgada, levemente encorvada y la piel tenía el tono pálido del encierro. La primera vez que los vi tuve que apoyarme en una pared que me pareció de espuma, como dispuesta a tragarme en lugar de sujetarme. Los siguientes encuentros fueron más sencillos, sólo tenía que luchar contra las lágrimas porque supe que la pasión, el amor disparatado que aquel hombre me inspiraba, el deseo de escucharlo y las ansias infinitas de encontrarme entre sus brazos eran emociones que tendrían que esperar a que él viniera a rescatarlas. Esperé una eternidad. Pero una tarde llegó, justo a tiempo de salvarnos a ambos del naufragio que amenazaba con ahogarnos. Estrenamos la vida.

Nuestros encuentros volvieron a ser diarios, nuevos, intensos, aunque no por ello, suficientes. Me contó lo sucedido y también que de momento las cosas en su casa habían quedado como estaban hasta que se repusiera un poco más. Teníamos tiempo.

Pocas semanas después comenzó a circular entre los compañeros un rumor que tardó en llegar a mis oídos. Una mañana al acercarme a un grupo en el que se encontraba alguno de los amigos más íntimos, la conversación tomó un giro tan inesperado que hasta yo pude darme cuenta de que algo me ocultaban. Cuando encontré la primera ocasión, pregunté abiertamente. No podía imaginar tanto horror en la respuesta.

14. Irene

Había decidido que él se mantuviera ajeno a su enfermedad todo el tiempo posible. Durante unos meses viví sólo para él. Todo era inmenso: de la pena a la rabia, del dolor a la frustración... todo me desbordaba. No conocía la medida que pudiera transformar nada de esto en algo perceptible, y por lo tanto, capaz de medirse y controlarse. Observaba cada gesto, cada leve dolor, cada minúsculo cambio de su cuerpo pero, milagrosamente, también creció sin sentido la esperanza. Durante un tiempo la ilusión de normalidad fue tan grande que podía confundirse fácilmente con la realidad y, en ocasiones, hasta cedí a la tentación de cerrar los ojos y creérmelo un poco. Pero la realidad es terca. Y amarga. Una desvergonzada que sólo se satisface mostrándose tal y como es.

La realidad me demostró que nada había cambiado.

15. Raquel

Día a día asistí impotente a la destrucción de la persona a la que amaba. Consumida por la rabia y la

desesperación trataba de no desperdiciar ni un solo instante de los que pasábamos juntos, pero el secreto, que magnifica el amor, también multiplica la pena. Nada era suficiente. Tenía la cuenta atrás prendida en el pensamiento como un calendario maldito cuyas hojas volaban ante mi atónita mirada. Y le tenía a él... aún. Vivía cada separación como la última. Al principio tuve que luchar contra mí misma para lograr algo de calma y dar sensación de normalidad, para no desmoronarme ante una persona llena de optimismo. Para empaparme de caricias hasta que me sobraran... Y creía que eso ya era suficientemente duro. ¡Qué poco sabía! Lo que supondría más tarde pelear juntos contra la adversidad que nos espiaba agazapada y compartir su constante sufrimiento, no podía imaginarlo. No era fácil soportar el diario y cruel retorno a su casa cada noche... aquella intensa y última mirada al pie de la escalera.

Dejé de trabajar, de disimular... al fin y al cabo, también había dejado de vivir.

16. Irene

Un día me di cuenta de que encontraba alivio pensando en la inminencia de su muerte. Pero no como una honesta liberación. Era un pensamiento árido y desnudo que operaba el milagro de atenuar, siquiera en parte, el desengaño que llevaba acumulado y que él seguía empeñado en multiplicar tarde tras tarde, al salir de nuestra casa para buscar refugio en la de ella. Cuando se enfrentó a la verdadera dimensión de la enfermedad que lo devoraba me dijo con sencillez que no tenía ningún motivo para disimular. Que si no dejaba nuestra casa definitivamente para morir en la de ella era por nuestros hijos. Y yo no supe qué decir. Tuve que transformarme en la mujer fría que no era y

creerme el papel que interpretaba. Comenzar a mirarlo con dureza... tal vez con odio, me ayudó

17. Raquel

Una vez que los síntomas volvieron a manifestarse, la enfermedad progresó rápidamente. Él llegaba a nuestra casa muy cansado, nos sentábamos juntos y tomaba sus manos entre las mías. Estaba extraordinariamente delgado y débil. Nos íbamos acostumbrando a entendernos con pocas palabras. Casi no reconocía sus manos pero, cerrando los ojos, eran inconfundibles sus caricias. Un día me advirtió que tal vez aquel sería el último. Aún no puedo explicar qué fuerza fue capaz de mantenerlo en pie para llegar hasta mí. Llamé a una ambulancia. Su sonido de alarma se acercó a la misma velocidad de mi pánico. Y se detuvo bajo mi ventana...

Ya en el hospital, una enorme puerta con dos hojas de un blanco inmaculado puso fin a aquella cita. Desde el umbral, vi como la camilla atravesaba el pasillo hasta que éste se quedó vacío.

18. Irene

Presentía que cualquier tarde saldría de nuestra casa y ya no volvería. Ni siquiera la muerte era capaz de hacerlo un poco mío. La sirena de las ambulancias me sobresaltaba sin remedio. Me causaba terror aquella canción ululante y rápida que pasaba de largo para quedarse callada en otro punto. Sentía que su sonido viajaba a igual velocidad que mi pánico.

Una noche recibí una llamada del hospital. Mi marido había ingresado hacía algunas horas.

Cuando llegué, pasé directamente a hablar con el médico. Yo era la esposa. Él me informó de la gravedad de la situación y de que era probable que en cuestión de pocos días todo terminara. Se quedaría en el hospital.

Cuando lo subieron a la habitación yo estaba esperando. Llegó terriblemente cansado, tan demacrado como si en unas horas se hubieran concentrado cien años, pero mantenía su lucidez intacta. Y preguntó por ella. Yo le contesté que ella no estaba... Y algo se removió dentro de mí que era decididamente denso y descansaba en un lugar hasta entonces inexpugnable y profundo. Necesitaba respirar y salí al pasillo. Ella esperaba allí.

No me sobresalté porque en el fondo lo sabía. Lo deseaba de la misma manera que soñaba con sus palabras de súplica. Pero sólo me dijo que quería estar con él. Tal vez deba decir que me dio escalofrío su serenidad. Yo la observé tratando de descubrir cuáles eran las razones que él había encontrado en aquella mujer que no lloraba. Descubrí una mirada firme, transparente, muy triste y la voz templada de los que saben que deben ser escuchados. Mientras hablaba, me entretuve regalando tiempo al tiempo para que sembrara la esperanza en aquel rostro sin sombras, y cuando vi que ésta comenzaba a florecer, le dije sencillamente que él había muerto.

Durante los dieciséis días que duró la lenta y dolorosa agonía de mi esposo me hice fuerte en su habitación. Solos él y yo. Como antes. Como no debió dejar de serlo nunca. No me separé ni un solo minuto de su lado y no permití que se marchara sin haberme cobrado, uno tras otro, todos los momentos que me debía. Fui yo quien acariciaba los huesos

de su cuerpo carcomido y quien le dedicaba palabras de sosiego al despertar. Quien le contaba que todos sus amigos le enviaban su cariñoso recuerdo. Y quien le susurraba al oído, día tras día, que ella tampoco había ido esa tarde a visitarlo.

© Belén Garrido Cuervo, 2012 - España

El crisol de los deseos

Por Ricardo Durán (*Coloso*)

La niña miraba hacia abajo, apoyada en el sólido borde del pozo. Más allá, a un par de metros de ella, había una mujer con vestido largo. Llevaba en brazos a un bebé que pataleaba de gusto y sonreía al ver el rostro sereno de su madre, quien con paso firme se acercó a la niña, que seguía ensimismada mirando hacia el fondo del pozo, y le preguntó:

—¿Se ha cumplido tu deseo?

—Todavía no, señora, pero lo he visto reflejado en el agua. Dicen los ancianos que es buena señal.

El pozo tenía una circunferencia desmedida. Al verlo por vez primera, los forasteros creían que se trataba de una presa que abastecía a la pequeña ciudad. Yo mismo tuve esa impresión cuando una serie de hechos fortuitos me llevó hasta él entre la lluvia intermitente y la espesa niebla. El cansancio me jugó una mala pasada y tomé el entronque equivocado. Sin poder encontrar un punto de retorno, fui a dar con aquella ciudad cuyas luces disiparon mi temor a chocar en la oscura carretera.

—Disculpe —pregunté a uno de los lugareños—, ¿me podría decir dónde está el hotel más cercano?

—Aquí no hay hoteles, solo casas. Pero usted mismo puede tener uno si lo desea.

—¿Cómo dice? —Me sorprendió su extraña respuesta.

—Sí, siga por esta vía. Al final encontrará lo que necesita.

Sin otra opción a mano, conduje en línea recta buscando a alguien más a quien preguntar. A lo largo de la calle, las bien iluminadas casas —todas de dos plantas— tenían techo a dos aguas. Su tamaño y los amplios jardines ostentaban la prosperidad de sus habitantes. El camino terminaba abruptamente en lo que parecía un pantano. Al otro lado del pantano, las copas de grandes árboles rodeaban un claro que desprendía una ligera luminosidad azulada.

—¿Vas a cruzar el pantano? —me preguntó un anciano, sentado en el jardín de su casa.

—No, solo busco un hotel.

—Aquí no hay hoteles.

—Eso veo —dije—. Por cierto, nunca había visto una casa tan bonita junto a un pantano. Espero que no le incomode mi comentario.

—En absoluto. —El viejo sonrió—. El Círculo me la concedió. Ahora, acerca de tu hotel, ¿estás dispuesto a atenderlo?

—¿Atenderlo? Lo único que quiero es hospedarme.

—¡Vaya, eso sí sería un inconveniente! Que te concedan lo que necesitas y luego lo ignores. No importa, yo te puedo proporcionar alojamiento esta noche. Sin costo alguno, por supuesto.

—¡Qué amable! —dije, sin confiar en él—. Pero también necesito una medicina para el punzante dolor de cabeza que traigo.

—Entonces te sugiero ir al Círculo. Si lo que pides es realmente necesario, el Círculo te lo concederá.

—Verá, soy nuevo por aquí y desconozco el lugar. No sé a qué círculo se refiere.

—Cierto, cierto... —Dio unos pasos señalando al frente—. Está en el extremo opuesto del pantano. Dirígete hacia el resplandor. Cuando estés frente al Círculo, pídele tu medicina.

—¿Así de fácil? —pregunté—. ¿Solo pido el deseo?

—No basta con desear algo. Tienes que verlo con claridad en tu mente. Ve al Círculo y mira sus tibias aguas, ellas te revelarán la imagen que estés visualizando en ese momento. No olvides darle peso y textura. Sé preciso en cuanto a su color y dimensiones. Si no ves nada en las aguas querrá decir que el Círculo no te concederá tu deseo.

—¿De qué depende que el Círculo me lo conceda?

—Si es algo que realmente necesitas, se te concederá sin duda alguna, ya te lo dije antes.

El anciano mentía, pude verlo en su mirada.

—No sabré hacerlo —repliqué—. Sólo necesito saber cuál es la farmacia más cercana.

—Aquí no hay farmacias. Solo casas. Mira, visualiza tu medicina una vez que llegues al Círculo. No tendrás problema alguno, te lo aseguro.

Decidí seguirle el juego.

—¿Y cómo saco mi medicina del agua?

—Somos renuentes, ¿eh? —bromeó—. Cuando tu medicina se materialice no estará en el agua. Lo único que habrá en el agua será la perfecta imagen de tu medicina. Eso querrá decir que tu deseo se te ha concedido y podrás encontrarla en el lugar donde habitualmente la pones.

—¿En mi domicilio?

—¿Dónde la pones cuando la llevas contigo?

—En el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Ahí es donde has de buscarla.

Medité unos momentos. Quizá simplemente se trataba de un anciano que me gastaba una broma, o que adolecía de sus facultades mentales.

—¿Y qué tal si deseara llegar a mi punto de destino? Es lo que realmente necesito. Mi negocio depende de ello.

—Me temo que eso no sea posible —dijo—. Todos los deseos están confinados en los límites de la ciudad.

—¿Y si quisiera mudarme a esta ciudad?

—¿Necesitas mudarte a esta ciudad? No confundas la necesidad con el capricho. Si has llegado aquí es porque lo necesitabas y el Círculo abrió el camino. De no ser así hubieras pasado de largo por la carretera y jamás habrías llegado a la ciudad. Deseamos no ser vistos por quien no nos necesita.

—Es decir, ¿fui conducido hasta aquí debido a mi dolor de cabeza?

—No sé. ¿Era eso lo que más te preocupaba al llegar a la ciudad?

—No, en realidad temía que el cansancio me venciera y comencé a buscar un hotel.

El resplandor picó mi curiosidad y, como no se veía lejos, decidí echar un vistazo. Agradecí al anciano y me despedí. Caminé bordeando el pantano hasta llegar al otro lado, donde los árboles ya no obstruían la visión.

Una niña y una mujer con elegante vestido largo miraban al centro de lo que me pareció una presa, cuya agua resplandecía con un matiz azulado. El borde tenía un metro de alto, pero al inclinarme descubrí que me resultaba fácil ver el fondo a través del agua que mostraba esa inusual luminosidad. ¡Y qué profunda era!

La mujer cargaba a un bebé. A su izquierda, a cierta distancia, vi a un hombre con traje y corbata. Más allá, a un joven con ropa deportiva. Fue cuando caí en la cuenta de que a lo largo de la circunferencia de la presa había más de un centenar de personas, todas mirando al centro, cada quien haciendo su petición. Me uní a ellos y traté de visualizar la medicina que quería, recordando las palabras del anciano.

En el agua se formaban objetos diversos a punto de cristalizarse, producto de los deseos de la multitud. Algunos aparecían brevemente y luego se desdibujaban, otros adquirían forma definida: suéteres, utensilios de cocina, alimentos, juguetes, ¡hasta automóviles!

Concentré mi atención en la medicina. Recordé el color de la caja, la tira de aluminio en que venían envueltas

las pastillas y, finalmente, las pastillas mismas. Entonces, allí, en el agua, pude ver como la caja adquiría forma. La vi con claridad absoluta, luego se desvaneció. Metí la mano en el bolsillo interior de mi saco y, para mi sorpresa, toqué la caja de la medicina que necesitaba.

Entusiasmado, regresé donde estaba el anciano. Le pedí un poco de agua para tomar mis pastillas y aproveché el momento para embestirlo de nuevo con una serie de preguntas. Supe por esa conversación que allí no había empleos remunerados, pues no requerían dinero al no haber transacciones comerciales en la ciudad. Sin embargo, la población tenía trabajos diversos: la recogida semanal de basura, el mantenimiento de áreas verdes, servicios de plomería y electricidad, la impartición de clases de todos los niveles... En otras palabras, las actividades de una ciudad normal.

—Oiga, don —le dije—, todo esto está muy bien, pero ¿qué hay de los viajes? ¿No les interesa recorrer el mundo, disfrutar de paisajes majestuosos, admirar las grandes obras de arte de todos los tiempos? ¿No les gustaría relajarse con música de los mejores compositores o leer un buen libro?

—Tenemos buenos músicos en la ciudad y hay gente que se dedica a la pintura y a la literatura.

—¡Ah! Perdone mi ignorancia. ¿Quiere decir que conoce la música de Mozart, las pinturas de Dalí, los relatos de Homero...?

—No, no los conozco.

El anciano no se inmutó. ¿Cómo culpar a quien no extraña lo que no conoce?

Pasé la noche en su casa. Por la mañana, temprano, me indicó cómo llegar a la carretera que me conduciría a mi cita de negocios, compromiso inaplazable. Luego de mi entrevista con el ejecutivo de la compañía que estaba a punto de cerrar el trato con la nuestra, compré algunos libros, láminas de cuadros famosos y unos cuantos discos compactos. Regresé por el mismo camino a la ciudad donde vivía el anciano, con la intención de mostrarle un poco del mundo exterior. No estaba seguro de que le gustara mi selección de música, libros y cuadros pero al menos le daría una idea de lo que hablé el día anterior.

Estuve dando vueltas sin dar con la ciudad. Seguí los puntos de referencia que había memorizado al salir de esta, y allí estaban todos, pero no la encontré. Frustrado y disgustado, regresé a casa. El dolor de cabeza había vuelto y fui directo al gabinete donde guardo mi medicina. Nunca tengo más de una caja, pero ese día encontré una docena de ellas en la repisa más alta, incluyendo la que había abierto antes de emprender el viaje. Busqué en el bolsillo interior de mi saco y tomé la caja que me concedió el Círculo. Todas tenían el mismo número de lote y fecha de caducidad, excepto la caja que originalmente estaba en mi gabinete.

Temiendo olvidar los detalles de tan singular experiencia, me senté a escribir:

La niña miraba hacia abajo, apoyada en el sólido borde del pozo...

© Ricardo Durán, 2012 – México

<http://www.espejismoliterario.blogspot.com>

La elegida

Por *Lautaro Volpi*

*«...en otro tiempo, el Diablo
estaba a punto de morir. Dios se
acongojó: sin el Demonio sería
sólo la mitad. Fue entonces
cuando Dios acudió a curar a
su eterno enemigo».*

El último vuelo del flamenco,
de Mia Couto

Se despierta de golpe, como si alguien hubiera pronunciado su nombre. Mantiene los párpados cerrados. El silencio huele a sueño. Ha dejado de llover. Un camión resuena en una calle lejana. Desde el ala del edificio donde duermen los enfermos, toses dispersas ahondan el sosiego abovedado del convento. Bocarriba, bajo la sábana, con los puños contra la barriga, siente la misma inquietud que le ha provocado el insomnio al acostarse. Una sensación vaga de culpabilidad, de escurrir el bulto y de orillar responsabilidades que la ha mantenido desvelada largo rato. Abre los ojos. Dos mariposas que flotan encendidas en un tazón de aceite junto a una foto de Dios mantienen el cuarto en penumbra.

Al cabo cede a la llamada, al reclamo que le ha reverdecido como un renuevo en el corazón. Los dedos se relajan en su vientre, bajo el camisón, y se acaricia hasta alcanzar el orgasmo. Pero no parece mucho, una sacudida ligera, como un pecado por omisión, insuficiente, así que

repite el acto con más dedicación, con las piernas abiertas, el pubis descubierto, mirando el movimiento rítmico de sus dedos. La lujuria se enciende, arquea las caderas, se muerde los labios y comprende que ése es el camino.

No siente la culpa con la que alguna otra vez ha ido corriendo a confesarse. Al contrario, un aliento audaz la empuja con una determinación luminosa, sin sombra y sin duda, hasta el final. Reflexiona un rato, inmóvil. Busca el bacín debajo de la cama. Al día siguiente, el vicario del obispo oficia la misa anual en honor a la patrona y en ese momento, acucillada sobre el orinal, comprende el plan que le ha sido reservado.

Se coloca el hábito y sale al pasillo en calcetines, silenciosa. En la cocina, un haz de luna que se cuelga entre los cipreses le permite moverse en las sombras, sin que ninguna luz traicione su presencia. Al otro lado de la ventana, el patio interior, bordeado de un seto ralo de boj y esporádicos rosales, está salpicado de charcos. Porciones de luna se reflejan en el agua, como si se hubiera estrellado contra el suelo. Se sienta en el borde de una silla, cerca de la mesa y, ensimismada en la transparencia del cristal, sin prisas, se va atiborrando de rosquillas y yemas de san Leandro, de pestiños de naranja y huesos de san Froilán, y del resto de delicias preparadas para agasajar a Su Ilustrísima y a su séquito en día tan festejado. Come tanto como puede y aún dos hojaldres más. Se lleva un vaso de la alacena y un buen puñado de rosquillas de anís, que dejará para mañana. En su cuarto, llena el vaso hasta la mitad con parte del líquido del orinal y encamina sus pasos a la sacristía con la delicadeza y el empeño con que la primavera se abre paso en la dura corteza de los leños invernales.

Esa tarde, el párroco había bendecido el agua del aceite que usaría el vicario para salpicar a los fieles durante la liturgia, y en él derrama parte del contenido del vaso. En la pila de agua bendita de la entrada vacía el resto. Un inesperado susurro entre los confesionarios la alerta. Se acerca como la sombra de un aliento donde una uña parece rascar contra la madera. Un par de ratones asustados corren como centellas pegados al rodapié y se pierden en un agujero invisible. Se sujeta el grito con la punta de los dedos y se palpa el corazón, que late con el trote vigoroso de una manzana verde. Lo apacigua siseándole como a un bebé asustado.

De vuelta a la cama no pone freno, como otras veces, a los pensamientos que la visitan inopinadamente sobre la relación que Santa Teresa había mantenido con el Verbo Hecho Carne. No puede evitar un atisbo de celos cuando imagina los delirios amorosos de la Santa con un Jesús inaccesible y cómplice. Se entrega al deseo descarnado de alcanzar parecidos éxtasis, y sólo se detiene cuando una sombra de odio le estremece el desasosiego. Siente que su entereza desfallece. Frena el instinto de santiguarse y la mano cae herida sobre la almohada, las uñas desmayadas en la frente, el pelo entre los dedos. Se enreda un mechón en el índice, pensativa, y procura serenarse mirando los huecos oscuros que los pabilos de las mariposas hacen palpar en las esquinas de su cuarto. Cercana el alba, con el tirabuzón enroscado en el dedo, se queda dormida.

Una hermana se apresura por el corredor con la mirada en el suelo, como tiene por costumbre. Las punteras redondas de sus zapatos asoman alternativamente por el borde del hábito. Golpea la puerta del cuarto y alza la voz, apremiándola: que la madre superiora la manda llamar porque es la única que, incomprensiblemente en día tan

señalado, falta a maitines. Quejumbrosa, una voz entrecortada le contesta del otro lado de la puerta que una indisposición inevitable, y espera que momentánea, le impide asistir al gozo de la primera oración, pero que estará con ellas en cuanto se recupere, y que no, que no se preocupen, que no necesita ninguna atención, que se le pasa enseguida.

Las monjas, efectivamente, se despreocupan, abrumadas con los últimos retoques, y ella puede remolonear en la cama hasta bien cuajada la mañana. Abre la ventana. Un aire recién lavado le dibuja el calor de la silueta y deja un rastro de pájaros y expectación, de voces festivas que la hacen sonreír. Arregla la cama, se prepara despacio, con limpia decisión. Busca los rosquillos que había guardado durante la noche y se los va comiendo apoyada en la jamba de la ventana, absorta en la transparencia del día, mientras suena el segundo toque de llamada a misa.

No le confiesa al párroco que no va a comulgar en ayunas, ni ninguna otra cosa que no sea que dos días de esa semana había olvidado pedir en sus oraciones por los infecciosos. Obtenida la absolución, se acomoda con las hermanas a la derecha del Altar Mayor, en la capilla de la Santa Cruz, como siempre que se prevé una gran afluencia de fieles. De rodillas y con las manos anudadas contra la barbilla, la sorprende una mezcla de inquietud y alborozo al descubrir un rastro de agua bendita en la frente de un devoto: es su marca, su rastro en cada feligrés que se santigua al entrar. La emoción la eleva unos milímetros por encima de pavimento cuando los sabe a todos ungidos con ese lametazo impuro y, casi en estado de gracia, se reconcilia con un poder que es malo y bueno a la vez; equívoco, pero irremediabilmente cierto.

Sustituyendo al acto de la penitencia, el vicario bendice un puñado de sal que diluye en el acetre y se rocía a sí mismo con el hisopo, después a los clérigos que lo acompañan, y finalmente asperge el agua por el pasillo central para que alcance al mayor número de fieles. Ella se cree morir cuando la hermana que está a su lado lame con la punta de la lengua una gota que le cae en el labio superior.

En la eucaristía, mantiene la hostia en vilo dentro de la boca, sin rozar las paredes de la cara ni el paladar, y en ese momento, de hinojos y con el rostro escondido, decide hacer algo más definitivo que digerir el Cuerpo de Cristo junto con la masa pecaminosa de los rosquillos: mastica con decisión la oblea, la tritura y, antes de que se pierda entre los dientes y se escabulla garganta abajo, agrupa los restos y los deja caer con un hilillo de saliva al pavimento. No sabe si puede haber mayor ofensa. Mira los restos masticados en las losetas, y se le ocurre que en cuanto se vacíe la capilla, los ratones se disputarán el presente divino.

Sabe que la avaricia y la ira no las puede alcanzar: ha hecho lo que está en su mano y nadie, ni aun Él, puede exigirle que sienta lo que le es imposible. Cuando vuelve al asiento el cuerpo se le deshuesa, se desmaya despacio y cae como dormida sobre el hombro de la hermana.

Dedica su ronda a los pacientes más críticos. Por la tarde, no sólo se ha repuesto completamente del desvanecimiento eucarístico sino que pide a la encargada de planta que la deje atender a los terminales con erupciones hemorrágicas, el sector de infecciosos que socavaba con más insidia la entereza de las hermanas. El resto del día, una sonrisa invisible en el fondo de sus ojos apacigua la angustia de los enfermos.

Drena y limpia el absceso doloroso a un infectado sin que éste emita la más mínima queja. Antes de seguir la ronda, le pregunta cómo se encuentra. El hombre le dice que cuando Dios caiga enfermo, tendrá que ser su enfermera. Ella no se permite el menor gesto, pero una sacudida invisible la estremece.

© Lautaro Volpi, 2012 - España

Comiendo diferente

Por Maritza Soler (*MMS*)

Primero llegaron los comedores de coco. Tanto coco comieron que con la corteza endurecida y oscura del fruto seco hicieron calles, puentes y casas. Con la masa blanca del coco tierno hicieron nubes, almohadas y colchones. De esta forma fundaron un macizo y confortable pueblo donde el agua de coco fluía a raudales por las tuberías de los edificios y por los riachuelos que cruzaban los parques.

Después llegaron los comedores de fresa. Tanta fresa comieron que con su colorido extracto adornaron el pueblo con rojas pinceladas.

Los comedores de plátano no se hicieron esperar. Con largas y sedosas cáscaras verdes y amarillas terminaron de engalanar al poblado. Bellos tapices colgaban de los balcones, mientras alfombras y cortinajes cubrían pisos y paredes.

El pueblo, feliz y policromado, resplandecía con luz propia en medio de la llanura monótona y gris.

Hasta que una noche, sigilosamente, llegaron los comedores de frijoles. Eran unos pocos y estaban dispersos. Una casita por acá, otra casita por allá; todas pintadas del extraño e impreciso color de los frijoles. Muy serios caminaban por las calles, saludando con profunda cortesía a los demás habitantes. Cada mañana se levantaban temprano, comían un poco de frijoles y salían a trabajar. Regresaban al anochecer, cenaban otro poquito de frijoles y se acostaban a

dormir. Así, enfrascados en sus quehaceres y sin mirar hacia los lados, se incorporaron al ritmo del pueblo y al transcurrir de las semanas.

Mas no por mucho tiempo, porque los comedores de coco, fresa y plátano comenzaron a sentir impaciencia, reuniéndose en la noche para cuchichear:

“Malditos comedores de frijoles. ¡Qué se habrán creído! Pensarán que son mejores que nosotros. Qué asco, comer frijoles. Hay que tener la mente llena de frijoles para querer comerlos todos los días y a toda hora. ¡Buah!, qué repugnancia. Y esos cabellos oscuros y afrijolados. Y esa manera de mirar, como si en lugar de ojos tuvieran un par de frijoles. Esas caras, esos cuellos y esas panzas llenas de frijoles. Esa extraña manera de sentarse, como si tuvieran las nalgas rellenas de frijoles. Esa rara manera de andar, dando pequeños saltos como si tuvieran las rodillas trabadas de tanto frijol. Uf, hasta huelen a frijoles. ¡Qué asco tanto frijol junto! Hay que acabar con esos malditos”.

Y, dicho y hecho, esa noche salieron a cazar comedores de frijoles. Palos, piedras y antorchas contra los inocentes. Tanto fue así que al salir el sol tuvieron que recoger varios cadáveres antes de que llegaran los perros. A decir verdad, nadie sabe por qué murieron. Algunos sospechan que esa mala costumbre de comer frijoles varias veces al día los llevó a la tumba.

Amores de sangre

Por Antony Sampayo (*Ansape*)

Cuando llegué a la población de Magangué, Bolívar, norte de Colombia, ya completaba un mes huyendo de la policía. Había utilizado una y mil artimañas para eludir su cerco y sentía con sumo agrado que estaba a pocas horas de burlarlos para siempre. Escapé con Sandra, mi novia quinceañera, y esto originó que me acusaran de secuestro. Si era atrapado de nada valdría argumentar que ella me siguió por voluntad propia, locamente enamorada, pues era menor de edad y yo contaba veinticinco años. Su madre, una mujer demasiado poderosa, movió sus influencias para magnificar el delito y lanzar a la comunidad entera en contra de mí. Nuestra foto salió en los diarios nacionales y la tele no dejó de mostrarla cada media hora. Se ofrecía una jugosa recompensa por mi cabeza y eso animó a medio país a tratar de darme caza, y a mí a desconfiar hasta de mi sombra.

Nunca pensé que repetiría los pasos de papá ni los de tía Epi. En el caso de papá, él también robó a mamá cuando ella contaba catorce años y él, veinte. Huyeron lejos y se salieron con la suya. Pero eran tiempos diferentes, no existía la tecnología actual y los medios de comunicación se hallaban en paños menores. Mi padre se radicó en un pueblo lejano al suyo, consiguió trabajo de peón en una hacienda, se casaron y al cabo de pocos años estaban llenos de hijos y contaban con su propio rancho donde sembraban hortalizas y criaban reses. El suegro, mi abuelo, lo tropezó por casualidad una mañana, luego de media década, cuando la esperanza de encontrarlos ya se había esfumado, y papá

creyó que su hora de morir había llegado; pero, en lugar de matarlo, el abuelo le dio un fuerte abrazo y le explicó que no dejaría huérfanos a sus nietos, de cuya existencia ya estaba enterado. Posteriormente formaron un fiestón de varios días, en los que un par de vacas fueron a dar al fogón y una tienda cercana quedó con una caja de whisky menos en su inventario. De allí en adelante se convirtieron en grandes amigos y el asunto quedó en el olvido.

Precisamente me dirigía con Sandra a casa del abuelo. Recorría a la inversa los pasos de papá, pero con la gran diferencia de que nunca me podría casar, dado que ya estaba casado. Un año atrás cometí tal torpeza: había contraído nupcias con una mujer mayor, Miriam, pero sin amarla. Lo hice movido por el interés y ahora pagaba las consecuencias: estaba enamorado de verdad y nunca podría legalizar ante los ojos de Dios la nueva relación, no habría un segundo anillo.

El pueblo del abuelo está muy apartado, allá se vive de la ganadería y el narcotráfico, solo se accede por el río Cauca y merodea la guerrilla, que es la autoridad en la región. Mi abuelo, dueño de una finca enorme en las afueras, les comentó mi asunto y estuvieron de acuerdo en protegerme, pues él siempre colaboraba con el grupo donando a la causa una res trimestral. Como condición dejaron sentado que ahora serían dos y ellos enviaron a dos integrantes de su movimiento, armados, para acompañarlo a recogerme en una chalupa al puerto de Magangué, la última escala civilizada en mi camino, a seis horas del destino final.

El caso de tía Epi sucedió poco después del de papá y mamá, y fue más complicado. Huyó del pueblo siguiendo a un poderoso narcotraficante, cuando apenas contaba trece años. El tipo era de edad madura y, con la experiencia del

caso, le endulzó el oído hablándole de las maravillas de la ciudad; algo que, me contó papá, no entendían en ese tiempo, pues en la región carecían de luz eléctrica e incluso ignoraban que existía la tele. Nunca más se supo de ella, algo que el abuelo y la familia en general aún no superaban.

Lo de Miriam, mi esposa, fue rápido; me conoció de mozo en un restaurante de la ciudad hasta donde fui buscando salir adelante por mis propios medios, un sitio frecuentado por ricos, y ella se sintió de inmediato atraída por mí. Antes de marcharse en su automóvil último modelo, me entregó el pago de la cuenta, una exorbitante propina, un número telefónico y un guiño. En ese tiempo yo vivía en una pensión y el sueldo de mesero de medio turno a duras penas me alcanzaba para subsistir, estaba a poco de tirar la toalla y regresar a casa de papá, así que vi la gran oportunidad y no tardé en llamarla y llevarla a la cama. Me doblaba la edad pero eso no era un gran problema, pues ella lo nivelaba con su dinero. Salíamos todas las noches y conocí un mundo que ignoraba que existiera: hoteles de cinco estrellas, sirvientes a mi entera disposición, casinos de lujo... Viajé en avión y barco por primera vez, conocí Hawái, Las Vegas, Acapulco, etc. A veces nos acompañaban otras parejas de similares características: mujeres millonarias, maduras, cogidas del brazo de jovencitos a quienes también colmaban de lujos y atenciones. Hasta que una mañana fatal de mi vida, Miriam, plena de pasión, me propuso matrimonio; la sorpresa y emoción fue tanta que le di el sí con besos y caricias profundas. Mi sueño de ser un gran señor se había cumplido.

Pero cuando conocí a Sandra, una chica encantadora y hermosa, todo cambió. Su mirada de niña-mujer me transportó a los cielos. Entonces empecé a buscar pretextos y a fingir enfermedades para no acompañar a Miriam en sus incansables viajes y tours nocturnos por la ciudad, para gozar

así del tiempo suficiente para conquistar a Sandra, algo que por mi situación y su edad costó, pero que terminé logrando. Empezamos a vivir un hermoso idilio a escondidas, situación que no duró mucho tiempo pues el desespero nos empujó a desafiar al mundo.

Al llegar con Sandra a Magangué suspiré aliviado, faltaba poco para librarnos definitivamente de nuestros disfraces: pelucas que causaban angustiantes piquiñas y gafas oscuras que de tanto usarlas ocasionaban dolores de cabeza. Fueron treinta duras jornadas caminando de noche y durmiendo de día, evitando el transporte formal, mostrando papeles falsos en moteles, durmiendo a veces separados; pero eso quedaba en el pasado, pensábamos.

El sol se encontraba en la cúspide y un intenso calor reinaba. Nos encaminamos con prontitud al puerto. Allí había mucha gente, parecía un mercado, un gran porcentaje de lugareños andaban sin camisa, olía a transpiración y a cansancio. Uno tropezaba con ellos al caminar, algo tan constante que nunca se recibían o se ofrecían disculpas. A la orilla del río se hallaban amarradas cientos de embarcaciones, tanto medianas como pequeñas, y multitud de voceadores ofrecían diferentes destinos anunciando grandes descuentos, en algunos casos hasta halaban por los brazos a los pasajeros buscando ganar su preferencia. Algunos vendedores ambulantes se acercaban en jauría ofreciéndonos diversos productos, entre ellos la especialidad de la población: hico tea guisada con arroz de coco y patacones; aunque el hambre amenazaba con engullirnos y el platillo prometía, comprendimos que no era el momento propicio para comer.

Una voz familiar me hizo volver el rostro: era el abuelo. No tuvo problemas en reconocermé pues lo

mantuve telefónicamente al tanto de nuestra indumentaria secreta. Estaba acompañado por los dos hombres enviados para escoltarme; eran de aspecto siniestro: barbudos, engafados, ensombrerados y miraban con desconfianza a todas partes sin despegar las manos de sus cinturones.

El abuelo me abrazó y no pude contener el llanto, pues la estresante fuga me tenía con los nervios de punta. Le presenté a Sandra y me felicitó por el buen gusto, pero de todas maneras me separó del grupo para reprenderme por la locura cometida y expresó compungido que «de tal palo tal astilla», recordando el triste episodio de sus dos hijas. Y aprovechó para decirme que todavía lloraba la pérdida de la tía Epi y no dejaba de soñar con ella todas las noches, y por ello comprendía el dolor que debía de estar pasando la madre de Sandra, y que si estuviera en sus manos me obligaría a devolverla, pero que sería gastar saliva en vano porque, dado el altísimo estado de enamoramiento en que me veía, estaba seguro de que nunca obedecería. Luego nos instó a salir de inmediato, pues corríamos peligro. Nos dirigimos entonces a la chalupa. Yo iba tomado de la mano con Sandra, feliz e ilusionado, se acabarían las penurias, por fin gozaría de su amor sin nada que temer. La pobre, hija única, se debatía entre su amor por mí, el remordimiento de conciencia y el miedo; aunque dejaba atrás definitivamente una vida de abandono, carente de calor familiar, perdía a una madre. Nos apartábamos de la civilización. Pero no estaba arrepentida; descubrir a temprana edad los placeres del cuerpo y del alma le indicó el camino a seguir ciegamente: yo.

Estando a pocos metros de la embarcación que nos internaría en la selva, río arriba, se escuchó de pronto, sobre el bullicio, un grito femenino que me llamaba con autoridad por mi nombre. Nos electrizamos y nos detuvimos

abruptamente. Volteamos con lentitud; cuatro hombres, armas en mano, nos apuntaban. En el centro una mujer, Miriam, que también portaba una. Mi sorpresa no tuvo límites, no debí hablar tanto por celular, no cabían dudas de que lo habían rastreado. La gente alrededor se dispersó a la carrera, buscando protección. Un silencio de muerte inundó el sector.

Miriam se acercó lentamente sin dejar de apuntarme, su mirada irradiaba odio, veneno, venganza; entonces dijo en voz alta:

— ¡Maldito!, por fin te encuentro. ¡Me las vas a pagar!

El abuelo no cabía en su asombro y Sandra, pálida, situándose delante de mí, intervino temblorosa:

— ¡Mamá, por favor, no lo hagas que estoy...!

A continuación las cosas sucedieron vertiginosamente: los dos guerrilleros sacaron sus armas aprovechando que el centro de las miradas era yo y que ninguno les prestaba atención; la libertad de ellos estaba asimismo de por medio, tal vez también recordaron que sus jefes no toleran fracasos y era mejor morir en el intento. El sitio se llenó de detonaciones, humo, gritos y dolor.

El saldo final del cruce de disparos fue trágico. Murieron Sandra y el bebé, el abuelo, Miriam, dos de sus secuaces y un barbudo. Yo recibí más de cinco tiros que me dejaron postrado para siempre en una cama. Solo muevo la mano derecha lo suficiente para escribir; para escribir mi gran error. La noticia de lo ocurrido dio la vuelta al mundo y tía Epi la vio por la tele en Puerto Rico, donde vivía viuda y convertida en una próspera empresaria. Eso la trajo de vuelta a Colombia. Asistió al sepelio múltiple y luego cargó

conmigo hacia Estados Unidos, donde trata de conseguir un imposible con mi vida.

© Antony Sampayo, 2012 – Colombia

<http://antony-sampayo.blogspot.com/>

ansapehindu@hotmail.com

También en Amazon: Crónicas entrañas, cuentos y anécdotas increíbles, I , II y III.

Dos, Tres, Uno

Por Eduardo Krüger

No eran buenos tiempos. Desaproveché un feriado largo y subí a un ómnibus interprovincial sabiendo de antemano que recorrer quinientos kilómetros y pasar tres días frente a un arroyo entre las montañas no despejaría mi cabeza.

Me tocó compartir el asiento con un tipo de rostro blando, abstracto. Nos saludamos con un par de palabras al encajar los bolsos en el portavalijas y eso fue todo.

A las dos horas de viaje el motor empezó a desgranarse y quedamos varados en mitad del campo, mientras el chofer y su relevo trajinaban afuera con las manos engrasadas.

El tipo de cara blanda hizo algún comentario a propósito y empezamos una conversación sobre nada en particular. Recuerdo haber sentido una incierta empatía con él, más que nada porque ambos teníamos un destino fijo en el viaje pero no un propósito definible. Tan solo íbamos. O el ómnibus nos llevaba.

Finalmente los campos y las alambradas se pusieron en movimiento y reanudamos la marcha. El resto del pasaje dormía, o miraba una película inaudible en los televisores de a bordo. Aun sin sonido, se intuía que el protagonista de la

película luchaba por redimirse de su pasado, pero cada vez que estaba a punto de lograrlo algo lo volvía atrás.

Cara blanda opinó que el héroe de la película debería darse cuenta, entre tantas idas y vueltas, de que los fallos del pasado no tienen retorno. Pero la película era yanqui y cabía esperar un desenlace triunfal. Seguramente eso mantenía despiertos a los espectadores, pero a mí me cansó tanta repetición. Por la ventanilla, los campos llanos y las arboledas se sucedían unos tras otros, en una reiteración monótona y adormilante. Antes de quedarme dormido, el tipo de cara y voz abstractas me relató una historia que se coló en mí como si fuera un sueño vívido que yo me contara a mí mismo.

Cuando desperté en mi destino el tipo ya no estaba. Me colgué el bolsón al hombro, bajé y me quedé estático sobre el andén hasta que un lugareño me ofreció llevarme en remise(1).

Desde entonces no he podido deshacerme de la historia. Regresa en forma intermitente, pero ahora contada por mi propia voz. He imaginado que me despegaré de ella pasándola a otros. Por eso decidí contarla acá.

Nunca supe el nombre del tipo de cara blanda e impasible, de forma que lo llamaré Dos. Tampoco recuerdo el nombre del protagonista del relato, y lo he bautizado con Tres. Gajes de mi profesión, que prefiere números a fulanos o menganos.

¹ Automóvil con conductor que se alquila para llevar hasta tres o cuatro pasajeros.

Dos refiere que Tres es uno de esos hombres firmes y acostumbrados a forjar su futuro por propia voluntad. Alguien que descrea de destinos y fatalidades. Su ex esposa le avisa un día de que debe internar al hijo mayor de ambos, Pablo, por una hepatitis de las bravas. Tres ordena a su mujer que elija la mejor clínica privada de la ciudad.

Pero Pablo necesitará un trasplante de hígado, y el único habilitado para la donación de órganos es el Hospital Público. Tres acepta este escollo confiando en superarlo más adelante.

En el hospital aparece un nuevo problema: hay otro muchacho internado por el mismo motivo y tiene prioridad en la lista de trasplantes.

Tres reflexiona en la sala de espera de terapia intensiva. Su ex esposa llora acurrucada en una de las sillas, y en la misma sala está la familia de Damián, el otro muchacho. Sus padres y sus dos hermanitos menores, pulcramente humildes, rezan en silencio.

Tres se presenta al director del hospital: "Doctor, disculpe el atrevimiento, pero la peor pregunta es la que no se hace... ¿Puedo ofrecer algo para que mi hijo pase a primer lugar en la lista para recibir órganos?".

—Señor —contesta el director—, una ética mínima me impide contestarle. Y, además, no es decisión que pase por mí... Hasta luego. —El director lo despide con un portazo.

Tres sale y telefona al abogado de su empresa, le da directivas, nombres y teléfonos de funcionarios, políticos, cuelga y espera. Tres ha comprado el primer turno de trasplante para su hijo.

Cinco horas después, Pablo sale de la operación con buenas perspectivas. Solo resta esperar la evolución. Pasan las horas y Pablo va de mejora en mejora. En la sala de espera ya no está la familia de Damián.

Tres ve, al fondo del pasillo, la silueta del director apoyada en la pared, recortada contra la claridad de una sala iluminada. Camina hacia la claridad: es la capilla del hospital.

El director tiene en sus labios un cigarrillo apagado. Adentro, la familia de Damián reza en susurros. Tres piensa que lo que llaman fe es, en cierto modo, como el dinero: puede ayudar, pero hay que tenerla.

Pero ya ha llegado hasta allí y le incomoda tanto quedarse como irse. Intenta cortar ese silencio molesto y le pregunta al director:

—¿Y cómo está el pibe? Damián...

—Damián murió anoche.

—¡Ah... pobre gente! ¿Y todavía están acá?

El director levanta sus ojos cansados hacia Tres, se quita el inútil cigarrillo de los labios, y le informa:

—Sí; rezan por su hijo.

—Claro. Pobre Damián, tan pibe...

—No, rezan por su hijo de usted, Pablo, para que se ponga bien —aclara el director.

El desenlace terminó de sacudirme la modorra con que había escuchado a Dos. Él me miró a los ojos, como juntando valor. Sonrió con tristeza y siguió:

—Siempre abandono mi historia aquí. Siempre me queda lo principal por decir, como si me costara juntarme con el final. Pero hoy es diferente, quizás porque alguien, usted, por fin me ha escuchado. Usted es en este momento la posibilidad de desprenderme de esto que me persigue como una mala memoria. Porque yo, así como usted me ve, no quiero reconocerme ni mirándome al espejo por las mañanas, al afeitarme. Yo soy Tres.

Hoy, un año después de que Tres me contara su historia, la he recordado paso a paso con la débil esperanza de deshacerme de ella de una vez por todas. Pero esa esperanza se diluye ahora porque, mientras desempañé el espejo para afeitarme, suena el teléfono en el cuarto de estar y salgo del baño para atender. Sé de antemano que es Pablo, que llama para decirme que aprobó Análisis Matemático.

Antes de llegar al teléfono, vuelvo a aceptar que en esta historia nunca hubo Dos ni Tres, sino solo yo, Uno.

© Eduardo Krüger, 2012 – Argentina

edkruger314@gmail.com

Diario de un suicidio

Por José García Montalbán (*Josgar*)

Por la dura temática de este relato, inspirado en hechos reales, su lectura no es recomendada para menores ni para personas sensibles.

Ya había amanecido. Una luz tenue se filtraba a través de las claraboyas dispuestas de forma intermitente en el techo del corredor. Era la hora del silencio, cuando todas aún dormían.

Juana se levantó de la cama, desnuda. Miró entre los barrotes las tres cruces de palo santo colgadas en la pared del pasillo, frente a su celda, y se santiguó por tres veces. Después, sentada en el colchón, comenzó a cepillarse una y otra vez el cabello canoso con aspecto de estropajo. Fijó la mirada en el diario que tenía siempre junto a la almohada, lo abrió por la primera página y comenzó a leer como cada mañana, como cada día, como cada hora del día desde diecisiete años atrás:

«Mi nombre es Juana Navarro Valcárcel. Estoy recluida porque se me acusó de homicidio. Hoy es el segundo día de mi estancia en este centro. El director me aconseja que, para matar el tiempo, escriba en un diario todo lo que ha sucedido. Dice que eso me tranquilizará y me hará comprender por qué estoy aquí.

Él nunca nos quiso, ni a mí ni a la pequeña. Nos golpeaba a menudo y, cuando la niña escapaba para

encerrarse en su cuarto, me gritaba: "¡Esa no es mi hija, no es hija mía! ¡¿Qué se puede esperar de una zorra?! ¡Más te valdría no haberla traído al mundo!". Yo se lo perdonaba y le echaba la culpa a la bebida. A veces, sollozando como un niño, se arrodillaba en el suelo y me abrazaba las piernas; besaba mis pies una y otra vez y me decía que él no era así, que un día todo aquello cambiaría, que yo debía tener paciencia, que para él era aún más duro... Enternecida, le acariciaba el pelo, secaba mis lágrimas y me encomendaba a Cristo para que me diera fuerzas. Después, en voz baja, evitando que Merceditas nos oyera, le juraba por el Altísimo que ella era tan hija suya como mía, que no podía ser de nadie más. Mi niña... con su cuerpecito redondeado, con sus senitos que empezaban a desarrollarse, con aquella sonrisa llena de dulzura, sin maldad alguna... Ahora solo me queda el recuerdo; no han permitido que conserve ni una simple foto de ella.

Desde muy pequeña tuvo convulsiones. Estábamos hartos de escuchar siempre lo mismo: "La niña tiene ataques epilépticos que quizás con los años vayan disminuyendo hasta desaparecer. No se puede hacer otra cosa que continuar con la medicación prescrita y, lo que es más importante, evitar las discusiones entre ustedes. Merceditas tiene una sensibilidad fuera de lo común en las niñas de su edad". Decidimos entonces que la visitaran otros médicos de manera privada. Tampoco sirvió de mucho.

Con el paso del tiempo la vida junto a mi marido se hizo insostenible. Cada noche regresaba borracho a casa, se violentaba por cualquier simpleza y quienes pagaban los platos rotos siempre éramos nosotras. Sus vanas promesas, que antes llegaban a conmovirme, me parecían una burla. Llegó el día en que no pude más, cogí el tren y me vine con la niña a Madrid. Mi hija era lo más importante. Por ella fui

capaz de ponerme a fregar suelos, con tal de que aquel pelele —pues no puede llamarse hombre— nos dejara en paz. ¡Que se pudriera de asco en su querida ciudad de Alicante!

Encontré trabajo, mi hija iba a la escuela y todo parecía ir bien. Nos duró poco. Las convulsiones se hicieron cada vez más frecuentes. En el centro de enseñanza me aconsejaron internarla en una clínica, pero los médicos se negaron. Decían que era en mi casa donde la niña tenía que estar y que yo no debía dejarla sola. Perdí mi trabajo por dedicarme a cuidarla. Tenía algunos ahorros, pero los días pasaron y el dinero empezó a escasear. Pensé entonces en trasladarme a vivir con mis padres a su pueblo, en Murcia, pero desistí. Era yo quien debía afrontar mis problemas y la vida que escogí cuando me casé, embarazada y a escondidas. Ellos siempre se negaron a aceptar mi matrimonio con un “parásito alcoholizado” y un “vivalavirgen”, que así lo llamaban.

Un día oí gritar a Merceditas. Entré en su cuarto y lo que vi me dejó horrorizada. "¡Pero, hija, ¿qué es toda esa sangre?!", grité. La pobre se revolcaba en la cama. Se había introducido el mando de la "tele" en sus partes porque le picaba, decía que le picaba mucho. "Dame eso, ¡dámelo!", le ordené. "¿Lo quieres? ¡Pues cógelo, zorra, anda y cógelo!". Entonces lo arrojó contra la pared y se hizo añicos. Yo no sabía qué hacer, su comportamiento me tenía asustada. Me abracé a ella y la sujeté con fuerza para contener los espasmos, que poco después cesaron. Merceditas tenía los ojos enrojecidos y me miraba fijamente, como si no me reconociera. "Mí cielo, ¿por qué has hecho esto? ¿Por qué no le has dicho a mamá que te picaba y te habría comprado una pomada en la farmacia?". Sus ojos no parpadeaban, su mirada seguía fija en mí y la expresión de su cara empezó a transformarse en la de un odio intenso. De repente, sentí

una bofetada tan fuerte que me hizo saltar de la cama donde estaba sentada.

Alguien llamó al timbre. Yo estaba tirada en el suelo y me sentía confusa; no sabía si abrir, abrazarme a mi hija, guardar silencio... Escuché la voz de mi vecina, una viuda que vivía frente a mi puerta: "Juana, ¿te encuentras bien?, ¿pasa algo?". Me levanté y abrí entre lloros; necesitaba un apoyo, alguien a quien contarle lo que estaba sucediendo. Con pocas palabras la puse al corriente. Cuando volví al cuarto de mi hija, se había dormido. Con la ayuda de Pilar, cogí un barreño con agua templada y un paño que pasé con suavidad entre sus muslos, para limpiar la sangre. "Es solo el desgarró del himen", expliqué. "¿El himen? ¿Con toda esta sangre...?", puso en duda mi vecina. "Pues será que le ha venido la regla", añadí. "Mira, Juana, esto no tiene que ver con reglas ni con la rotura del himen. ¿Sabes las tonterías que estás diciendo? Anda, déjame sola con ella y sal un momento al balcón a que te dé el aire. Pero... ¿qué es ese moratón que tienes en la cara?". Entonces me desplomé sobre la silla y rompí a llorar con todas mis fuerzas. Fue en ese momento cuando volví a ser yo misma y comprendí lo que estaba sucediendo.

Pilar sabía muchas cosas de mí que yo le había contado. Gracias a ella, encontré aquella vivienda por un módico alquiler. La conocí en el hotel donde trabajábamos. "Camarera de habitación", decía pomposamente el contrato de tres meses que firmé; a ella, sin embargo, la tenían fija en plantilla. Se acercó e insistió: "¿Quién te ha hecho eso?". No respondí, pero Pilar debió de intuirlo porque miró a la niña y se santiguó. "Juana, aquí pasa algo extraño. Creo que no es ella; es... ¡Satanás!". Vi a Merceditas, dormida con su carita inocente, y pensé que acabaría por volverme loca. No podía aguantar más. Me fui hacia el balcón, estábamos en un

quinto piso y... Pero pedí a Dios que me diera fuerzas para soportar mi desgracia.

Mi vecina me aconsejó guardar una de las sábanas manchadas de sangre y un mechón del cabello de la niña, y que con ello visitara a un santón brasileño de nombre Abílio, que vivía en el barrio. Me prometió que ella se haría cargo de los gastos que yo no alcanzara a pagar. Lo hacía por nuestra amistad y, sobre todo, por la pequeña. Mientras ella cuidaba de Merceditas, esa misma tarde me presenté en la dirección que me había indicado. En un letrero al lado de la puerta se podía leer: "Abílio da Cunha. Especialista en Naturopatía". Cuando me atendió y le expliqué los problemas que tenía con mi hija, se excusó diciendo que no podía ayudarme. Pero cuando le comenté que era Pilar quien me enviaba, que llevaba una sábana manchada con sangre de mi niña y un mechón de su pelo, me dijo: "Está bien, deja todo encima de la mesa y mañana por la mañana pasaré a verla".

Fue una noche larga en la que no pude pegar ojo. Merceditas se acostó en mi cama, pues el colchón de la suya estaba todavía húmedo a pesar de que le había dado la vuelta, una vez lavada a mano la enorme mancha que quedó en su centro. Mi hija se abrazaba a mí, decía que tenía miedo y que "aquello" la abrasaba. Le preparé una compresa con pomada de camomila para calmar la irritación y le prometí que al día siguiente la visitaría un médico que la pondría buena.

Sobre las diez de la mañana, Abílio se presentó en mi casa acompañado por Pilar. Llevaba una bolsa de deporte que dejó sobre la cama. Bajamos las persianas y cerramos la puerta de la habitación con llave. En la estancia quedó solo una leve iluminación. Merceditas, tendida sobre el lecho, miraba al enorme negro con temor, claramente asustada por

el aspecto oscuro de su piel. Pilar colocó sobre la cabecera de la cama tres cruces de palo santo, la más grande en el centro y dos más pequeñas a los lados y me entregó dos pastillas de Valium 10 para que se las diera a la niña con un vasito de agua. Tan pronto estuvo adormecida, el santero comenzó su ritual. Las pruebas efectuadas en su casa le habían confirmado las sospechas: Lucifer moraba en el cuerpo de la pequeña. Nos roció a las tres con agua bendecida. A continuación, sacó un frasco de la bolsa y nos dio a beber una cucharada del brebaje que contenía. A la niña le hizo tomar varias cucharadas; después, sacó una especie de breviario y comenzó a recitar sus oraciones en portugués. Sentada en una silla, noté como mi mente se alteraba por momentos. Sentía como si una nube espesa enrollara mi cuerpo; fuera de esa nube todo era extraño, alejado de la realidad. Merceditas empezó a toser y a vomitar. "Ya lo tenemos aquí", exclamó Abílio. Introdujo dos dedos en la garganta de mi niña mientras gritaba: "¡Arrójalo, arrójalo, sal de ahí espíritu inmundo!". Nos ordenó que la desnudáramos por completo y la sujetáramos con fuerza; mientras, él introducía sus dedos cada vez más adentro en la boca de la niña, entre vómitos, temblores y lamentos. Una bocanada de sangre brotó del interior de la garganta tras un sonoro eructo. Abílio cortó la parte inferior de la sábana y limpió con ella los vómitos. Con el pelo empapado por el sudor, Merceditas trató de abrir los ojos y se quejó entre susurros de que le ardía, mientras apretaba con fuerza su manita entre los muslos.

Sentí un helor en la estancia. El santón sacó de la bolsa una estampa con la imagen de un santo, o algo parecido, la puso sobre la mesita, la rodeó de velas de diferentes colores y cerró completamente las ventanas con sus persianas. Le dio a la niña dos pastillas más del somnífero y nos hizo beber de nuevo de su brebaje amargo, hasta agotar el frasco

por completo. La realidad se distorsionó en mi cerebro, era incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Seguíamos con obediencia ciega las órdenes de Abílio, en silencio, conscientes de que lo que estaba haciendo era un verdadero ritual de exorcismo.

En ese momento Dios me iluminó. Comprendí claramente dónde se escondía el mal. Satán se encontraba en el interior de la vagina de Merceditas, por eso decía que le picaba. Ella dormía plácidamente pero, para cuando despertase, el diablo habría dejado de burlarse de todos. No lo dudé, abrí sus piernas completamente y le introduje los dedos en la vagina. No tardé en sentir el fuego del Infierno. Tiré con fuerza y arranqué parte del averno. Ahora, ya no podría esconderse de mí... lo tenía en mis manos. Merceditas dio un grito desgarrador, pero Abílio le tapó la boca con un paño. Mi niña tenía que ser valiente, tenía que aguantar el dolor hasta quedar liberada del mal. Introduje de nuevo mi mano, entre regueros de sangre y jirones de carne de color rosado, y tiré, tiré con todas mis fuerzas para sacar de su escondite al maligno. Él se resistía, pero no podría conmigo. El santón y Pilar me animaban a seguir; abrieron los muslos de la niña con fuerza, para que yo pudiera introducir mis dos manos y llegar hasta el interior del vientre de mi pequeña. Logré coger algo. Abílio decía que continuase, y Pilar fue contando los diablos que yo sacaba al exterior, pues decía que eran varios. Introduje mis manos tan adentro como pude y conseguí tocar a los demonios que se resistían a salir. Apreté los puños y tiré con fuerza hacia afuera, hasta que los intestinos de Merceditas quedaron entre mis dedos, libres de la oscuridad del mal.

Abílio retiró el paño de la boca de mi pequeña, se limpió las manos en la sábana y recogió sus cosas. Marchó raudamente, sin decir nada, al igual que Pilar. Sobraban las

palabras. Esta vez Cristo había ganado la batalla a Satanás. Más relajada, me abracé a mi niña y la besé en la frente. Vi las tres cruces que estaban sobre la cabecera y las puse entre nuestros cuerpos. Aquellas cruces, testigos de todo lo ocurrido, se quedarían con nosotras y las guardaría siempre cerca de mí, como protección divina; mientras, Merceditas, dormía plácidamente su sueño de libertad».

Una monja abrió la puerta de barrotes de la celda. Con la ayuda de su compañera pusieron una bata blanca sin cuello ni mangas sobre el cuerpo desnudo de Juana. Después, la peinaron ligeramente y marcharon con ella al despacho del director del centro. Una vez allí, sentaron a la mujer frente a la mesa y se mantuvieron una a cada lado.

—¿Qué tal, Juana, cómo va eso?

Ella no respondió, ni siquiera miró al director.

—Tengo que comunicarle algo que le interesa. La petición de su abogado ha sido desestimada. El último informe psiquiátrico sobre usted es... negativo. Deberá continuar en el centro, por ahora.

—¡Yo no estoy loca! —exclamó ella, dirigiéndole una mirada de odio—. Me tienen aquí encerrada para que no vea a mi hija. Ella está viva y usted lo sabe tan bien como yo. Abílio y Pilar se la llevaron a Brasil. Pero un día yo saldré de aquí. Los buscaré y los mataré por robarme a mi pequeña; y me la traeré conmigo, ¡soy su madre! Mi pobre niña... Pronto le llegará la regla, se hará mujer y necesitará mis consejos.

—Juana, se lo he contado muchas veces. Su hija está muerta, la mató usted. Y si está aquí es por orden del juez.

—Yo no maté a nadie. A mí me encerraron porque dicen estoy loca y a ellos los dejaron marchar con mi niña porque están cuerdos... ¡Hijos de puta, todos!

—No los dejaron marchar. Pero no aparecieron indicios de que fueran culpables de algo, por eso la justicia no los ha buscado.

—¡La justicia no, pero yo sí los buscaré!

—Como usted quiera, Juana, pero de momento no será posible. Ahora debo darle otra noticia... Tengo en mis manos un documento que certifica la defunción de su esposo.

El director hizo una pausa. Quizás esperaba que Juana rompiera a llorar. Ella, sin embargo, con la mirada perdida en las losas del suelo y con un tono suave y entristecido, preguntó:

—¿Y cómo fue su muerte? Aún era joven para morir.

—Aquí dice que se ahorcó de madrugada en la barandilla del paseo de la platja del Postiguet, o comoquiera que se pronuncie esto.

Juana se levantó de la silla y, sin decir nada, se dirigió hacia la salida. Las dos monjas lanzaron una mirada al director que hizo ademán de que la acompañaran a su celda. La mujer, cogida por los brazos, caminaba con la cabeza gacha de forma lenta por el largo corredor. Un silencio sepulcral se hizo entre las internas, que la observaban con curiosidad y temor. Al llegar a la celda, una de las religiosas soltó el brazo de Juana para abrir la puerta. Fue entonces cuando ella, dando un empujón a la monja que la sujetaba, la tiró al suelo. Fue hacia las cruces que había sobre el muro, cogió la más grande y se clavó el afilado extremo del palo en

el vientre, una y otra vez, mientras gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Es en mí donde te refugias, pero yo te haré salir de mi cuerpo! ¡Fuera de él, maldito! ¡Tú eres mi desgracia, solo tú, hijo de perra!

—Rápido, hermana, avise al director mientras corro a la enfermería. ¡Vamos, por el amor de Dios!

Juana quedó tendida en el suelo con los ojos abiertos. Su bata blanca, remangada por encima de la cintura, se tiñó de rojo, como sus muslos desnudos que daban los últimos espasmos de vida sobre un charco de sangre. Una algarabía se formó de repente en el recinto. Las internas golpeaban con las manos los barrotes y proferían aullidos que parecían proceder de ultratumba, de un mundo desconocido y oculto de locura sin fin.

© José García Montalbán, 2012 - España

Katty

Por Blanca Miosi (*B.Miosi*)

Escuchar el sonido de los pajarillos que hacían de cada madrugada un evento familiar no restaba el temor de encontrarse en un lugar extraño, ni levantarse todos los días cuando la penumbra aún no abandonaba el cielo y sentirse ajeno; ajeno en costumbres, extraño en despertares. ¡Cómo añoraba volverse en la cama y tocar el cuerpo tibio —y a veces demasiado caliente— de su mujer!, gorda ya, a los cincuenta, pero que él veía como cuando por primera vez le abrió la blusa y le subió el sostén porque estaba apurado, porque necesitaba, requería, deseaba ver cómo eran los senos que lo obsesionaban, de los que sólo podía vislumbrar la punta de los pezones a través de la telas que actuaban como dos murallas infranqueables: la del dichoso sostén que, después se dio cuenta, no sostenía nada, porque sus pechos se alzaban con la misma gracia que dos cúpulas bizantinas; y la de la blusa, siempre cerrada, como si las quisiera resguardar del avance enemigo. Sí, del avance enemigo como el que tarde o temprano habría de enfrentar en aquella guarnición remota.

Dos años en un destacamento de soldados en un rincón perdido, porque la paga era buena y le habían prometido una jubilación excelente. Donde la única mujer a la vista era la vieja que preparaba los sofritos aderezados con grasa de pollo, a los que él casi se había acostumbrado sin que su estómago se resintiera. La vieja con canas hasta en los bigotes que lo saludaba con un golpe en la mano de su cuchara de palo, enorme y renegrida de tantas malas lavadas,

anticipándose a su próximo movimiento: «Deje eso ahí!», gritaba con su voz gorjeante, parecida a la de los escasos pajarillos que merodeaban por la colina, buscando quién sabe qué de un terreno yermo con sólo dos árboles vetustos.

Pero esa mañana el cucharón de Katty no salió al encuentro de su mano. La cocina estaba vacía. «La vieja no viene hoy ni mañana», le dijeron. Nadie supo dar más información. Esa noche se revolvió en su colchón pensando en ella, en sus golpes, en su voz atiplada y chillona que parecía desbordarse cuando cantaba y que terminaba en los mentados gorjeos de los que ella parecía enorgullecerse. No notó hasta el tercer día que de veras la extrañaba. No a ella, no. Era la presencia de una mujer, aunque fuese vieja, porque las mujeres tenían su propio modo de hacer las cosas, porque los pasos de una mujer, porque los sonidos de las ollas hechos por una mujer, y los golpes dados por una mujer, no tenían nada que ver con los de un hombre. Y hasta ese momento la presencia de una mujer en el campamento había significado un lazo con todas las demás. Con la suya, la que dormía a su lado en casa y a veces estaba tan caliente que golpeaba su espalda con los talones. La vieja Katty representaba a todas las mujeres del mundo, y hacía una semana se había ido y él deseaba tenerla cerca, más que nunca, más que cuando su mujer fue por una semana a casa de su madre. Pero pasaban los días y Katty no regresaba.

Una semana que no dormía y apenas probaba bocado de las latas que el reemplazo, un tipo flaco y escuálido, se afanaba en abrir como un experto. «Esta es comida saludable, libre de gérmenes». «Estas son albóndigas empacadas al vacío», «en estos lugares debemos cuidarnos...». Más de uno lo mandó a la mierda. ¿A quién le importaba cuidarse en ese agujero? Todos estaban de mal humor, el tipo flaco y escuálido se convirtió en blanco de los insultos

que se daban a bocajarro. Antes también se los lanzaban a Katty, pero era divertido. Lo hacían a escondidas o entre dientes, y preferían mil veces las porquerías que lograba condimentar la vieja al antiséptico contenido de las latas. Todos la querían de regreso pero no lo manifestaban, se presentía en sus gestos, en las miradas a un horizonte plano, sin más árboles que los dos que hacían de quién sabe qué para los pájaros. Y quien esperaba con más ansiedad era él. Sentía que si la vieja Katty no regresaba moriría de mengua. La trataría mejor, haría cumplidos a su comida, le rogaría que gorjease... ¿Por qué nadie decía nada? ¿Volvería algún día? Ya las noches no tenían la mansedumbre que precede a la mañana, cuando sabía lo que le esperaba en la cocina. El canto de los pájaros le traía recuerdos de Katty, de sus pasos arrastrando sus sandalias, tan maltratadas como ella. ¿Quién era Katty? Por primera vez se hizo la pregunta. ¿De dónde venía?, ¿tendría marido?, ¿hijos?

Ese día, todos se pusieron de acuerdo sin haber hablado. Tácitamente fueron llegando uno a uno al patio y exigieron una explicación: «¿Dónde estaba Katty?». «¡Queremos a Katty!».

«La señora Katty tuvo que ir a acompañar a su marido al hospital. Está tardando en regresar porque él falleció hace dos días. Mañana vuelve».

Silencio absoluto. ¿Katty era una señora? Fue lo primero que le vino a la mente. Era obvio que sí. Miró a los demás y en sus caras descubrió alegría, satisfacción por la respuesta. «¡Katty vuelve!» «¡Katty vuelve!», gritaban como locos, y él también lo hacía. ¿Dijeron que mañana? Esa noche sería como las de antes. Casi un prelude amoroso, esperaría la fría madrugada y estaba seguro de que escucharía el horrible gorjeo que esta vez sonaría a himno.

Mansamente extendió la mano cuando vio a Katty con la cuchara de palo. Ella lo miró con sus ojos como carbones y sonrió con tristeza. No le pegó. Bajó la mirada para ocultar las lágrimas que empezaban a asomar. Él entonces bajó la mano y se acercó a ella. La abrazó. Fuerte, como si quisiera traspasarle todos los abrazos de los hombres, y sintió en sus carnes flojas un cuerpo de mujer. Y Katty, la mujer, la madre, la hija, la esposa, la amante, la prostituta, la joven, la anciana, con el gesto milenario de mujer, le acarició el cabello y lo acunó en sus brazos. De pronto, recobró la compostura, solo por salvar su honor se alejó de él y le dio un golpe duro, más fuerte que nunca, con la cuchara de palo. Agradecido, él bajó la mirada y se fue con el corazón en su lugar. Sintió que todo era como debía ser.

© Blanca Miosi, 2012 – Caracas

Otras obras en Amazon: El legado, La búsqueda, El Manuscrito I - El secreto, Dimitri Galunov, El piso de la calle Ryden, El cóndor de la pluma dorada, El Manuscrito II - El coleccionista.

<http://blancamiosiysumundo.blogspot.com/>

El libro de la Verdad

Por Alejandro López Fernández (*Incongruente*)

“Quien me conociere y no me buscare, desaparecerá. Quien me encontrare y me guardare, desaparecerá. Quien me tuviere y no me leyere, desaparecerá. Quien me leyere y no me entendiere, desaparecerá. Solo la Verdad te hará eterno, pero has de buscarla, conocerla y entenderla. Así está escrito en su cubierta y así se ha de cumplir, hasta que el último ser humano haya leído Kragh ty gorjan, el Libro de la Verdad”. Recordaba sus palabras, como recién dichas, y un escalofrío le recorrió la espalda. Cerró los ojos y su mirada le vino a la memoria, tan limpia, tan profunda, tan penetrante; hablar con él era como desnudar el alma, como estar frente a la propia conciencia.

Le conoció por casualidad; cuando nada en la vida indicaba que algo iba a ocurrir, aquella tarde gris, anodina, quizás absurda por su monótono transcurrir, apareció.

Siempre faltó de tiempo, ahogado en los problemas del trabajo. La empresa iba bien, pero la falta de confianza en sus colaboradores le obligaba a estar en todo al mismo tiempo. Hacía días que en la cabeza le rondaba la idea de abandonar, de dejar todo en manos del único socio que a lo largo de aquellos años había aceptado y desaparecer una temporada, pero la responsabilidad se lo prohibía una y otra vez.

No entendía qué estaba sucediendo. Había recibido en herencia un grupo de empresas que rentaban lo suficiente como para disfrutar de la vida hasta su muerte, sin embargo,

y por motivos que nunca llegó a entender, decidió seguir la obra de su padre. Diez años trabajando de sol a sol habían conseguido que mantuviese e incrementase el pequeño imperio. Y lo peor era que ni el dinero, ni ese tipo de trabajo le interesaban. Desde pequeño solo tuvo una necesidad en la vida: saber. Saber lo máximo posible. Esa necesidad le hizo estudiar y acabar con grandes notas tres carreras tan dispares entre sí que su padre se ponía nervioso cuando hablaban de ello. Empresariales, Caminos e Historia. También es cierto que tanto estudio y trabajo le convirtieron en un solitario solterón, ya entrado en los cuarenta.

Cerca del mediodía se encontraba en la oficina. Acababa de resolver un problema de exportación que estaba haciéndoles perder demasiado tiempo en aduanas y, levantándose, contempló desde la ventana el exterior. Cuando fue consciente de la belleza de la mañana, algo dentro de se removió y, sin pensar nada en absoluto, cogió la chaqueta y salió a la calle.

Mucho tiempo estuvo deambulando por la ciudad. Hacia medio día, cuando el hambre le hizo reaccionar, compró algo de comer en un McDonald's y siguió el interminable paseo. Nada en la mente; nada en la memoria, solo la absurda necesidad de separarse de todo lo conocido y olvidar. Aquella fuerza hizo que se alejara de la zona por donde acostumbraba a moverse y, junto a la orilla del río, al volver la cabeza después de observar el agua discurriendo plácidamente hacia el mar, le vio.

Le observaba. No pudo evitar su mirada. Alto, delgado y serio, recto como un ciprés, hasta elegante, aunque sus harapos demostrasen pobreza; entrado en los sesenta, pelo cano y sin cortar, alisado hacia atrás. Le vio acercarse lentamente y, con curiosidad, preguntó.

—¿Qué desea, señor?

—Solo informarte, hijo, pues, tu momento llegó.

—¿Mi momento, dice? —Se quedó sorprendido.

—Sí, es la hora de que conozcas la Verdad.

—¿Qué verdad? ¿De qué habla? —preguntó con cierta ironía. Pero él, serio, hablando con parsimonia y seguridad en sí mismo, prosiguió sin hacer caso a las preguntas que le había hecho.

—Te hablo del Kragh ty gorjan, el libro de la Verdad —Y le miró profundamente. Sus ojos irradiaban serenidad, paz, armonía y aquella mirada, que ya nunca podría olvidar, le impactó —Ya te he dado a conocer su existencia, ahora ya solo tienes que buscarlo, encontrarlo, leerlo y entenderlo.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa? —Fue en ese momento cuando el corazón y la razón entraron en un enfrentamiento interno que le hizo reaccionar defensivamente. Movi6 la cabeza con energa y comenz6 a andar, alejándose de él —Creo que ya le he dedicado demasiado tiempo, señor. Perdone pero otras responsabilidades me llaman —Y sigui6 el paseo.

No supo cómo lo hizo, pero lo cierto es que, cuando ya llevaba andados algunos metros, de nuevo escuchó su voz junto a él, como si aún estuviesen charlando el uno junto al otro.

—Nadie puede huir de su momento, aunque temporalmente creamos alejarnos de él, y este es tu momento

Volvió rápidamente la cabeza y la sorpresa aumentó al comprobar que él seguía parado en el mismo lugar donde lo

había dejado. Por primera vez en la vida no supo qué hacer. Difícilmente se dejaba llevar por las emociones, o por corazonadas, pero en ese momento algo le hizo dudar.

De nuevo miró desde la lejanía aquellos ojos transparentes, sinceros y, sin entender el porqué, lentamente volvió sobre sus pasos.

—Eso que me está pidiendo, ¿acaso ya lo hizo usted?

Ignorando sus palabras, habló de nuevo:

—Nadie te obligará nunca a buscar, ni a encontrar, ni a leer y, aún menos, a entender. Solo debes ser informado en el momento justo. Así fue, así es y así seguirá siendo.

—Y usted, ¿lo leyó? ¿Cómo lo reconoceré? ¿En qué idioma está escrito?

Sonrió por primera vez.

—Que no te preocupen las dudas, ni el idioma en el que está escrito, pues todo te será descubierto en él. Tampoco te preocupes por cómo reconocerlo, él te reconocerá a ti. En cuanto a mí, hijo, si supiere de su existencia y no lo hubiere leído, no podría informar a aquellos que aún no lo conocen. Búscalo con la razón y léelo con el corazón —añadió, alejándose.

Aquella noche todo quedó resuelto. Por la mañana, escribió una carta de cesión de su parte de las empresas a favor del único sobrino que tenía. Hizo las maletas para un largo e indefinido viaje. Dejó la carta a su socio y salió de la ciudad. No le preocupó la dirección que tomaba, no tenía importancia; lo único importante era salir de su hábitat natural, alejarse de todo lo conocido.

Pasaron los meses y el recuerdo de aquel extraño encuentro fue quedándose dormido en el olvido, en lo más profundo de la memoria pero, curiosamente, cada vez que en una ciudad pasaba frente a una librería, algo en el interior le obligaba a entrar y mirar. No sabía que buscaba, solo miraba.

Aquel día, paseando por un mercado en un país del sur durante aquellas necesitadas vacaciones, algo atrajo su atención; fue hacia una tienda de antigüedades y, al estar más cerca, vió un libro, no muy grande, de pastas ajadas y color azul, viejo, que parecía abandonado sobre el asiento de una desvencijada silla en la entrada de la tienda. Se acercó y sobre su tapa leyó: “Quien me leyere y no me...”. Todo en el cerebro se activó. Recuerdos, nervios... Su mente, automáticamente, comenzó a hacer un cálculo mental del tiempo pasado y, mirando asustado en todas las direcciones, lo tomó en las manos; como un niño en una tienda robando un caramelo, lo escondió entre la ropa y, evitando la mirada de todo aquél que se cruzase en el camino, salió hacia el hotel.

Ya hace una semana que lo encontró y aún no lo había abierto; mientras escribía todo lo ocurrido, apoyó la mano izquierda temblorosa sobre su tapa, sin saber qué hacer. Y se preguntó: “¿Cuánto tiempo me habrán concedido para empezar a leerlo?, ¿o...?”.

Indios y vaqueros

Por Milagros García Zamora (*Milagros*)

Cuando Juanmita cumplió tres años, el médico citó a los padres en el consultorio.

—Juanmita es retrasado —dijo.

El doctor hubiera querido ser escritor para suavizar las palabras y actor para entonarlas de forma que no dolieran tanto; pero era un médico rural, experto en enfermedades y en dar noticias a la cara, sin tapujos.

Julián, el padre, se levantó dispuesto a irse. El hombre tomaba la vida como venía: si golondrina, echaba a volar; si buitre, se encogía hasta que todo pasara.

—¡No puede ser, que no es verdad!, Juanmita no es retrasado, no habla porque es callado, como su padre. Fíjese qué guapo es, un retrasado no tiene esta cara. Ya hablará, don Manuel, ya hablará —contestó, la madre.

—Retrasado, María, retrasado.

“¡Qué coraje de hombre! ¡Erre que erre con lo del niño!”, pensó María.

Con infinita paciencia, la madre comenzó a enseñarle a hablar.

—Di ma. Ma-ma-ma-ma. Venga Juanmita, que es muy fácil, junta la boquita así: ma-ma-ma-ma. ¡Que no!, que tienes que echar el aire, fíjate en mí: ma-ma-ma-ma.

A Juanmita le salían pedorretas, aulliditos y risitas juguetonas.

María abrazaba a su hijo.

—Que eres un pillo, que no quieres trabajar. Un poquito más, ma-ma-ma-ma.

El día en que a Juanmita le salió el maldito ma, María estalló en risas. Las palabras que vinieron después hicieron que la casa se inundase de canciones y cuando las frases comenzaron a salir, se le olvidó para siempre la conversación con don Manuel.

El niño creció cada vez más guapo, zalamero y torpe. Con ello lo hicieron el cansancio, el dolor y el cariño de María. Todo mezclado. En golosina a veces, en acíbar otras. Saboreaba cada minuto de juegos compartidos, dejando el desasosiego para los fogones y los sueños para la iglesia. No perdía ocasión de achucharlo. Herencia de abrazos para el futuro, poemas de amor para el presente.

Una vez pasados los primeros años en los que el pueblo colmó a Juanmita con sonrisas y atenciones, la novedad quedó atrás y con ella el interés. La gente —ajena, distante— continuó su camino.

Como todos los demás, el niño jugó al fútbol, fue a la escuela, hizo recados y travesuras. En nada su vida fue diferente a la de los otros de su edad, salvo en la poca aptitud para los estudios y su mucha sensibilidad.

—Juanmita, sujeta el sapo mientras lo rajo.

—No, yo no, eso es malo.

—¡Qué va a ser malo, gilipollas! Sujeta de una vez.

—No, yo no.

—Juanmita, trae el balón.

—Juanmita, dame un cacho de tu bocata.

Y Juanmita sujetaba el sapo, recogía balones perdidos y regalaba bocadillos.

Mientras su hijo jugaba con los otros niños, María se dirigía al templo y, en la nave vacía, buscaba un banco retirado del pasillo central para sentarse. Permanecía allí con los ojos cerrados, el rostro sereno y las manos cruzadas sobre el vientre. Cuando las campanas la avisaban que era hora de misa —ding, dong, ding, dong—, se levantaba y salía del templo con paso firme: tac, tac, tac, tac. María, todas las tardes, utilizaba la iglesia como refugio para soñar.

Ese domingo amaneció despejado. Árboles y animales se desperezaban con el aire risueño de un día de fiesta estival. A medida que avanzaba la mañana se llenaron de hombres los bares y las plazas de mujeres con sus niños. Cerca del mediodía, los corrillos desaparecieron y los parroquianos de los bares comenzaron a irse. Comida y siesta era lo que más apetecía en ese día cálido, brillante y gandrulón.

A media tarde, cuatro niños llegaron a casa de María.

—Porfi, déjale que venga al río.

María decía sí con los ojos, no con las palabras.

—Tiene que estudiar, no estudia nada.

La madre continuaba negando el retraso de Juanmita. Se obstinaba en cambiar inteligencia por trabajo —en un

trueque atroz de la realidad— para negar la infamia de un dios que la había defraudado.

—Porfi, porfi.

Juanmita saltaba

—Porfi, porfi.

Los niños saltaban.

—Porfi, porfi.

La alegría saltaba acompañándolos.

—Vale sinvergüenzas, vale. Ven dentro de dos horas... ¡como mucho!

Cinco sinvergüenzas acompasaban su paso con silbidos camino del río, cinco chicos festejaban a su manera un domingo estival. Una madre caminaba solitaria hacia la iglesia, una mujer cogía la dirección del sueño de otra vida.

La comitiva infantil pasó el soto y llegó hasta el río. Cinco niños convertidos en corderillos rodando por la hierba, en gorriones subiéndose a los árboles; cuatro niños hermanados por sus travesuras y uno que los seguía.

Cuatro piedras jugaban a ver quién llegaba más lejos y una se entretenía en los redondelitos que hacía el agua.

"Chap, chap, chap", decía la piedra en la orilla, metida en su jaula de círculos.

"Plof, plof, plof", gritaban las otras cuatro en sus chapuzones.

Después, les llegó el turno a las hormigas. Cuatro botas que aplastaban hormigueros, una manita que intentaba

poner orden en el caos y una mirada pretendiendo ser más rápida que las otras para proteger a los seres diminutos.

—Vamos a jugar a los indios. Juanmita, tú eres el vaquero y nosotros los indios.

Carreras, tropezones y el orgullo de Juanmita ascendiendo al sentirse protagonista, para bajar de golpe cuando cuatro indios lo derribaron para atarlo a un árbol.

—Ya no quiero ser vaquero —gritaba intentando desasirse.

—Eres vaquero; si no sabes jugar, no juegas.

Juanmita calló.

—Auuuh, auuuh, auuuh. —Los indios bailaban alrededor del árbol. Cabecitas abajo y arriba.

—Auuuh, auuuh, auuuh. —Cuatro gritos de guerra junto al silencio de un niño que jugaba.

Oscurecía. Los indios recordaron la hora y corrieron al pueblo en un intento de adelantarse a la noche, evitando cachetes y regañinas de las mamás indias.

Un vaquero quedó atado al árbol, las lágrimas marcando surcos en las mejillas.

A María también se le había olvidado el tiempo, soñando con otra vida a la que los gritos de Julián truncaron su final.

—¡María, María! —oyó gritar a su marido—, vamos a buscar al niño, lo dejaron en el río.

—¿Le ha pasado algo malo?

—No, María, tranquilízate. Los niños dicen que se olvidaron de él. No sabemos más.

¡Se dejaron a Juanmita!, ¡como un bolso o una peonza! María se preguntaba cómo un chico que grita, anda y conoce el camino puede quedarse abandonado a orillas de un río familiar. Julián la acompañaba en la carrera y en los sentimientos, ahogándose en la necesidad de ver a su hijo.

Muchos vecinos los siguieron. Buena voluntad, morbo y mimetismo caminando como personas, y cuatro críos asustados capitaneándolos. “No me acuerdo”. “No me di cuenta”. Los pretextos de los niños servían como acusación a los fiscales.

—Aquí está Juanmita —la voz sonó clara y fuerte.

Como un San Sebastián triunfante, Juanmita permanecía atado, la mirada al frente y una sonrisa dibujada en el rostro.

“¿Por qué no has gritado?”. Todos le hicieron la misma pregunta. Cuatro niños miraron la escena bajando los ojos y una madre, temblando, se abrazó a su hijo.

—¿Por qué no has gritado? —dijo—. Pareces tonto.

El tonto fue desatado del árbol. Un orgulloso vaquero sonrió a cuatro indios.

—Sé jugar, ¿a que sí?

Cuatro padres dijeron a sus hijos: “Esto te pasa por jugar con idiotas”. A cuatro niños les avergonzó jugar con un idiota.

Esa noche, en una casa, hubo chocolate y manta calentada con arrumacos y besos; en otras, lloros y culpas. Un vaquero feliz, cuatro indios desdichados.

© Milagros García Zamora 2012 – España

mgarciazamora3@hotmail.com

Rezos infantiles

Por Jessica Castro (*AminE*)

—Buenas tardes, Amanda. ¿Cómo estás? ... Vamos, siéntate.

—No quiero.

—¿Por qué no? Solo vamos a platicar así que ponte cómoda, no tardaremos mucho tiempo.

La pequeña estaba indecisa; a pesar de ello tomó asiento en el amplio diván, frente a la doctora Leticia, que ya se encontraba sentada, con las piernas cruzadas. Esta sonrió para infundirle confianza y comenzó su trabajo.

—Veamos, ¿cómo te sientes hoy?

—Bien —dijo la niña mientras jugaba con la trenza que le habían hecho en el cabello.

—¿Estás a gusto en el orfanato? ¿Te tratan bien los demás niños?

—Son buenos conmigo, ya tengo así de amigos. — Mientras hablaba, la niña hacía ademanes con la mano, mostrando a la doctora una cantidad con sus dedos.

—Son muchos, querida, me alegro por ti.

De esa forma, la mujer poco a poco fue ganándose la confianza de la pequeña, todo con el único fin de que

podiera darle algún dato acerca de lo que había ocurrido aquel día en la casa de sus padres. Cuando solo faltaban quince minutos para que se acabara la sesión, la psicóloga se decidió y empezó a preguntar a Amanda sobre su familia.

—Dime, cariño, ¿cómo eran tus padres contigo? ¿Te querían mucho?

La niña arrugo el ceño y, mientras miraba hacia el piso, dijo:

—Mi papá no me quería, me pegaba mucho, sobre todo por las noches, cuando quería que lo dejara entrar a mi cuarto.

—¿Y tu madre? ¿Alguna vez te pegó?

—No. —La cabeza de la pequeña se movió a la par de su respuesta—. Pero tampoco la quería, ella nunca le dijo a mi papá que no me pegara.

—¿Tampoco la querías? ¿Acaso no te dolió lo que les ocurrió a tus padres?

—No —dijo la niña con rotundidad—. Ellos eran malos y Dios los castigó.

—¿Tú crees que Dios los castigó?

—Estoy segura —dijo la nena mientras se levantaba de su asiento y se acercaba a la ventana del consultorio.

—¿Y por qué estás tan segura? —La voz de la mujer tembló ligeramente. En sus años como psicóloga infantil nunca había conocido a un niño o niña al que no le hubiera afectado la muerte de sus padres.

—Porque yo le estuve rezando a Dios para que los alejara de mí.

La doctora balanceó la pierna en un gesto de inquietud, mientras intentaba comprender lo que la pequeña había dicho. Después prosiguió:

—¿Tú le rezaste para que se alejaran de ti?

—Sí —dijo la niña, que continuaba frente a la ventana—. Ya lo había hecho y sabía que funcionaría.

—¿Ya lo habías hecho? ¿Con quién? — Un escalofrío recorrió la columna de la doctora al percatarse de que la niña hablaba en serio.

—Con Raúl y con mi perrito Binkey.

—¿Qué les hiciste a ellos?

—Yo no les hice nada. Raúl me jalaba el cabello en la escuela y me llamaba rata, y Binkey me mordió varias veces en el brazo.

Para demostrar su historia, la niña estiro el brazo y le enseñó las cicatrices que le habían dejado los dientes del animal.

—Por eso, un día, antes de dormir, me arrodillé y comencé a rezar como me enseñó mi abuelita. Le pedí a Dios que los alejara de mí porque eran malos conmigo y después me fui a dormir. Cuando desperté y bajé a desayunar, Binkey ya no estaba en el jardín. Ese día fui a la escuela y la maestra nos dijo que Raúl ya no volvería a clases.

—Pero eso pudo haber sido una coincidencia, ¿no crees?

—Claro que no. —La niña dio media vuelta lentamente, dirigiéndole a la doctora una mirada llena de inocencia—. Cuando las personas me molestan o me irritan, yo rezo y al día siguiente les pasan cosas malas.

La doctora tragó saliva, mientras intentaba que no fuera muy notorio el temblor de sus manos. En ese momento, la puerta del consultorio se abrió y la trabajadora social que había llevado a Amanda con Leticia se asomó y dijo:

—Ya tenemos que irnos, querida, despídete de la doctora.

La niña se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Hasta mañana, Amanda.

—Adiós, doctora —dijo la pequeña, con una sonrisa que la mujer no supo interpretar.

© Jessica Castro 2012 – México

madisonLs1@gmail.com

Osiris

Por Juan Antonio Marín (*Juanan*)

A mi amigo Juan José Siles Lucas.

¡Descansa en paz!

I - Introducción

La sangre, todavía fresca, goteaba entre las teclas del Steinway & Sons. El piano fue de las pocas propiedades que Helen heredó a la muerte de su abuelo, don Hermes. Aún recuerdo la noche en que oí sus notas por primera vez, durante mis años de estudiante. ¡Lejos estaba de imaginar el efecto que su música tendría en mi vida!

II - El campus

Todo comenzó durante mi primer año en la universidad, situada en un edificio de ladrillo visto, de estilo arquitectónico indefinido, repartida en distintas alas: las facultades, el rectorado y otras dependencias auxiliares. El conjunto entero tenía un aspecto obsoleto. Los jardines del campus ofrecían al entorno una apariencia selvática y sombría, como un cementerio rodeado de mausoleos. Sólo la presencia de los alumnos mitigaba esa imagen, al menos en los días lectivos. Durante las fiestas y fines de semana, todo permanecía abandonado y en silencio. Pero si debía elegir un lugar favorito, sería sin duda la biblioteca, donde conseguí el

trabajo de ayudante en horario nocturno para costearme los estudios, el alquiler y las clases de piano que tomaba.

Mi apartamento, de pequeñas dimensiones y acogedor, quedaba relativamente cerca de la universidad, lo bastante como para cubrir el trayecto de ida y vuelta a pie. Aunque las nevadas y los vendavales eran frecuentes durante el invierno, todos allí se desenvolvían con naturalidad. Lo mismo hacía yo.

III - Don Hermes

Mi habitación daba a la calle; justo enfrente se erguía la casa de don Hermes, una antigua mansión con sótano y dos plantas, con varias buhardillas. El edificio se inclinaba por el paso de los años, como un anciano. El tejado parecía aplastar las buhardillas y los ventanucos del sótano eran semiarcos al nivel del suelo, que aguantaban el peso de la casa.

Don Hermes, un anciano de aire enigmático y aspecto cadavérico, era ciego, pero tenía un talento innato para la música. Cuando ponía las manos sobre el teclado del Steinway, eran las terminaciones nerviosas de los dedos las que enviaban las señales a su cerebro, y no al revés.

Las fugas de Bach perdían el sonido barroco para transformarse en una música perfectamente actual. El romanticismo de Chopin se convertía en una explosión de sentimientos encontrados. Cualquier partitura que cayera en las manos prodigiosas de don Hermes dejaba de pertenecer a su autor original, ¡la hacía suya y sólo suya! Observé que a veces se detenía. Al principio pensé que serían pausas en busca de inspiración. Luego me di cuenta de que aquellos

intervalos de silencio venían motivados por las pérdidas de audición que intentaba disimular.

Las clases, por compatibilidad de horarios, las recibía yo de noche. Cuando salía de la biblioteca, me iba directo a casa de don Hermes, en cuyo sótano, también construido en ladrillo, daba las clases. Las columnas remataban en arcos que sostenían bóvedas de medio cañón.

IV - Helen

Vivía en casa de su abuelo. Delgada, pelirroja, de tez blanquecina: podría describirla así y no faltaría a la verdad, pero tampoco le haría justicia.

Su carácter introvertido la convertía en una chica bastante reservada, demasiado callada; incluso llegué a pensar que sería muda. Vaya familia más rara —pensaba para mis adentros—, el abuelo ciego y la nieta muda.

Después de las clases, cada noche la observaba desde mi habitación. Leía y escribía en un cuaderno, sentada en la cama frente a la ventana. Montones de libros se apilaban unos encima de otros, esperando su turno para ser leídos. Aquel espacio formaba su mundo. Cuando acababa de leer, se descalzaba para masajearse los pies. Esa imagen me fascinaba: imaginaba lo que vendría después. Pero, como si intuyera que la miraban, corría las cortinas y apagaba la luz.

No siempre estaba frente a la ventana, que a veces permanecía cerrada toda la noche, indicando una ausencia para mí misteriosa. Cuando oía la puerta de la casa me asomaba a tiempo para ver su figura delgada caminando calle arriba, arropándose con el abrigo.

Una noche de relativa calma y no muy fría, Helen estaba parada frente a la puerta de su casa. Esta vez la pude observar a placer. El viento jugueteaba con sus ropas, marcando las líneas de su cuerpo. Se dio cuenta de que la miraba, se volvió hacia mí, me sonrió y por un instante, ¡lo juro!, vi unos dientes terminados en triángulos finos. Sus ojos reflejaron la luz como los de un gato. Me sentí cohibido, cerré la ventana y me acosté. En ocasiones la acompañaba un gato que ronroneaba y se enredaba entre sus pies. Ella se movía en sincronía con el lomo del animal sin que ni gato ni mujer tropezaran nunca. Lo llamaba, ¡Osiris!

V - La ausencia

Ya me había acostumbrado a la rutina de las clases de música y a la presencia de Helen en la ventana, cuando la ausencia del señor Hermes —dejó aviso de que se marchaba indeterminados días a la ciudad para comprar unas partituras nuevas— interrumpió las lecciones. Helen debía hacerse cargo de mis clases. Así que me dirigí a la casa. La encontré cerrada y sin señales de vida. No se veía luz por ninguna ventana. Nadie fue capaz de darme referencias del paradero de Helen. Como el viejo había advertido su ausencia con tiempo, ninguno de sus otros alumnos se acercó por allí. Así que no pude indagar nada más sobre la desaparición de Helen, si se marchó acompañando a su abuelo o si se fue por su cuenta.

Esa noche y las siguientes monté guardia tras mi ventana por si ella aparecía o se encendía alguna luz en la casa. Su ausencia y la falta de noticias fueron aumentando mi desasosiego. Estaba demasiado pendiente de aquella muchacha. Aunque me negaba a reconocerlo, me estaba enamorando como un adolescente.

Al cabo de una semana volvió la actividad a la casa de don Hermes. Al día siguiente llegué antes a clase de música, bajé al sótano, el viejo estaba afinando el piano. Interrumpí su actividad para preguntarle por Helen.

—Se ha marchado. No me dijo dónde, pero se ha ido. Dejó esto para ti. —Se incorporó, me entregó una carta, y la guardé en el bolsillo de mi chaqueta. El texto era el siguiente:

"Sólo quiero que el paso del tiempo no se esfuerce en envejecer mi cuerpo. Quiero hacer eterna mi juventud junto a ti, ¿aceptas?"

Aquello cambiaba las cosas para mí y para ella. El mensaje agudizó mis sospechas acerca de su naturaleza, pues su carácter tímido y huidizo, sus costumbres nocturnas con largas ausencias, indicaban otra cosa.

Además, seguía sin saber dónde se encontraba, ni cuándo iba a volver. Mi malestar se tornó en ira, mi obsesión por ella tomó ribetes de locura. Busqué una determinación al calor del enfado y el embrutecimiento que en ese momento ofuscaban mi mente.

VI - El castigo

He matado al viejo. He esperado a que terminaran las clases de música, a que no quedara nadie por los alrededores y me he acercado a él. Cuando ha advertido mi presencia se ha girado hacia mí.

—Jan, ¿eres tú?

—Sí, don Hermes —he respondido, aproximándome a él.

Ha retrocedido con un respingo, el miedo se apoderó de sus movimientos. De un salto he caído sobre el viejo, que se ha debatido con fuerza inusitada, se ha aferrado a la vida con desesperación.

Para los humanos la muerte es un hecho terrible. Pero es tan natural como nacer o desarrollar nuestra vida.

Así que don Hermes se dejó caer por efecto del sopor y la parálisis, el terror desencajó su rostro, sus pupilas ciegas dieron la vuelta y dejaron los ojos blancos.

Dejé al viejo caído sobre su piano, aparentando una muerte natural.

La muerte de don Hermes produjo un pequeño revuelo en aquel pueblo encerrado en sí mismo.

VII - El funeral

Poca gente acudió al entierro de don Hermes. El párroco con el monaguillo, los empleados de la funeraria, que esperaban en segundo plano con cara de circunstancias, algunos conocidos de la universidad y unos cuantos alumnos. Y, por supuesto, Helen. No sé por qué medios se enteró de la muerte de su abuelo, o quién se lo dijo, teniendo en cuenta que nadie sabía de su paradero. La cuestión es que allí estaba haciendo acto de presencia, y su asistencia repentina e inesperada era una sorpresa para todos.

No parecía muy apenada, ni su rostro reflejaba tristeza, pesar, o cualquier otro sentimiento de pérdida. Tal vez no quería mostrar sus reacciones en público. O no sabía. Lo que sí se sabía era que las relaciones entre abuelo y nieta eran correctas. De gélida corrección, diría más de uno.

La ceremonia se celebraba con sencillez y austeridad, con demasiada prisa, tal vez porque pronto anochecería.

El cementerio disponía de cuatro calles en retícula. Las tumbas, rodeadas y semiocultas por maleza muerta, dejaban al fondo una capilla rematada por un torreón en forma de aguja. Los pocos mausoleos existentes parecían abandonados, coronados por gárgolas y custodiados por esculturas en poses amenazadoras.

El conjunto estaba construido con el mismo material que el pueblo y la universidad: ladrillo visto. Un camposanto pensado sólo para acoger a la muerte, donde los vivos eran tolerados sólo para depositar otro cadáver más.

Permanecí escondido tras la esquina de uno de los mausoleos, viendo la escena del entierro, cerca de la acera donde esperaban aparcados los coches de la comitiva fúnebre. Helen sabía que yo la observaba; no volvió la cabeza hacia mí pero sus gestos nerviosos la traicionaban. Con el asesinato del viejo la había obligado a volver, y eso la inquietaba más.

Las nubes taparon el sol brumoso del invierno, sus panzas tocaban las copas de los árboles, aplastándolos bajo su peso. Un trueno fue la señal para que descargara una lluvia violenta que arreció en una fuerte tromba. Los presentes se apresuraron a buscar el refugio de los coches. Y los enterradores se afanaban en tapar la fosa con una tierra que ya era barro. La lluvia se fue transformando en gruesos copos de nieve. De esta forma accidentada terminó el sepelio de don Hermes.

VIII - El regreso

Helen empezó a acudir con más asiduidad a la biblioteca, siempre en silencio. Una noche la vi apoyada en la estantería dedicada a literatura fantástica, situada a la derecha del mostrador de libros prestados. Vestía unos pantalones vaqueros y una camisa negra, tan ajustada que dejaba intuir la perfección de unos senos bien formados.

Me observaba muy quieta, la note más enigmática que nunca. Un aura azulada la envolvía. Sentía que su mirada me quería hablar, deseaba decirme lo que sus labios se negaban. ¿Bellas palabras o acaso reproches?, sentimientos que se mantenían ocultos en algún rincón de su corazón. Me acerqué a ella y la saludé.

—Hola, Helen, ¿necesitas algo? ¿Te puedo ayudar? — le dije, pero no contestó, se volvió y salió corriendo.

Terminada la jornada volví a casa, preparé algo de comer y me dispuse a estudiar un poco. Fue entonces cuando encontré una nota entre las hojas de mi cuaderno de música. Decía: "Quiero que me enseñes a amar. Yo, a cambio, mantendré tu secreto. Helen."

En otra ocasión se acercó a mi mesa y me entregó una nota. Era la reseña de un libro y unos números: p345 l34.

—¿Quieres este libro? —pregunté.

Helen asintió con la cabeza.

—Espera un momento, ahora te lo traigo.

Cuando regresé se había marchado. Acabé mi turno y me llevé a casa el libro que había pedido. Arrojé mi bandolera en la butaca, al lado de la ventana. El libro cayó al

suelo, me incliné para recogerlo, y en ese momento el gato negro de Helen entró por la ventana, me miró y me saludó con un breve maullido. Busqué en el frigorífico la botella de leche y le ofrecí la poca que quedaba.

Me senté en la butaca y empecé a leer. Era un libro antiquísimo, sin tapas. Osiris dio un salto y se acurrucó en mi regazo.

Le acaricié el lomo con suavidad, no debió de agradarle porque refunfuñó mientras me enseñaba sus afilados colmillos.

Proseguí con la lectura. La dedicatoria, manuscrita con letra roja, me llamó la atención, me resultaba vagamente familiar, pero en ese momento no conseguía situarla ni en tiempo ni en espacio.

"Busco desconsolado, en la penumbra, el olvidado roce frío de unos labios que me convenzan de que no merece la pena vivir apartado del amor por toda la eternidad. Oscura y fría es mi condena. Vago por el mundo sin alma, sin patria, esperando encontrar a alguien que me haga sentir que una vez fui humano..."

Interrumpí por un momento la lectura, quería saber más de ese libro. Encendí mi portátil, me conecté a la base de datos de la biblioteca, busqué la reseña del título y en pocos segundos la información solicitada parpadeaba en la pantalla del ordenador, el título era: "Diario de un vampiro".

Sonaron dos golpes secos en la puerta de entrada. Fui a abrir sin imaginar que, al otro lado, estaría Helen. Su presencia me inquietó. Le pregunté qué quería, pero ella sólo señaló al gato y le silbó.

Osiris, ignorándola, permaneció echado en la butaca. Al ir a cogerlo me mordió, así que le di un pequeño golpe en el lomo y se marchó por donde había entrado. Helen se disculpó y se fue. Cerré la puerta de una patada y fui al cuarto de baño, buscaba un poco de alcohol y algodón para limpiar la sangre que salía del mordisco.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Me despertó un ruido en la ventana, abrí los ojos y allí estaba él, mirándome con sus penetrantes ojos verdes. Le sonreí, le hice gestos para que se acercara. Saltó a la cama, se acostó en el hueco que quedó entre la almohada y mi pecho, esta vez se dejó acariciar. Había hecho un nuevo amigo. Él me ofrecía su amistad, mezclada con algo de respeto y temor, y yo le daba cariño.

A la mañana siguiente reparé en la presencia de un papel que sobresalía a medias bajo la puerta. Lo leí y lo guardé.

IX - La tragedia

El trabajo se me hizo eterno aquella jornada, cuando veía una sombra que cruzaba delante de mí, alzaba la vista esperando encontrarme con Helen. Llegué a casa más cansado que de costumbre. Por inercia miré hacia su habitación pero la luz estaba apagada. Acababan de dar las doce de la noche, me vestí y crucé la calle. Entré por la puerta trasera, atravesando la sala de lectura, llegué hasta la puerta que bajaba al sótano, la abrí y bajé la escalera iluminada por una luz indefinida que procedía del fondo, acompañada de un rumor de música solemne.

Helen, sentada al piano, tocaba la quinta sinfonía de Beethoven. Osiris la escuchaba acostado a sus pies.

—Hola, Jan, ¡has venido! —exclamó, sin dejar de tocar. El gato me dedicó una mirada soñolienta y algo despectiva.

—Claro, no podía rechazar tu propuesta.

Ella se levantó, se acercó a mí, echó a un lado su melena pelirroja y dándose la vuelta inclinó su cuello.

El mordisco le resultó doloroso. De repente, al notar la efusión de su sangre manando a borbotones, asomó a su rostro delicado una expresión de pánico ante el hecho de la muerte. Se debatió con todas sus fuerzas, intentando librarse de mi ataque. Pero ella se me había ofrecido y no iba a soltar la presa. Aquella reacción tan humana disipó cualquier duda sobre su origen de vampiro. Logró separarse de mí. Sin apenas fuerzas, buscó la banqueta para sentarse. La sangre manaba de su cuello a borbotones, estaba a punto de desangrarse. Pensé dejarla morir, ¡ingrata! Pero seguía amándola. Su cabeza apoyada en el piano, su sangre, apetitosa, prácticamente cubría el teclado, desde donde goteaba sin cesar. Hacía rato que Osiris salió huyendo con un bufido de cobardía.

Con cuidado cogí a Helen, la deposité suavemente en el suelo. Jadeaba presa del terror y miraba con ojos perdidos al dominio de la muerte que se aproximaba a ella. Me hice un corte en la muñeca, la acerqué a su boca y la obligué a succionar. Ella obedeció con la docilidad de quien recibe a la muerte con resignación.

—¿Ya soy eternamente tuya? —preguntó mientras se relamía la sangre que le caía por la comisura de los labios.

Después me besó, y descubrí la hermosa sensación ejercida por la presión de unos deseados labios en mi mejilla.

Debo advertir que un vampiro siempre será un vampiro, y que un humano siempre será un humano. Que este último, cuando es vampirizado, se queda a medio camino, ya no pertenece a ninguna de las dos razas. Unos lo admiten de buen grado y otros optan por el suicidio. Un vampiro vive miles de años. Un semivampiro vive cientos de años, y aunque no necesite sangre, ese es un privilegio reservado a nuestra estirpe, podrá vivir joven y vigoroso hasta las últimas horas de su vida.

A partir de ahora, ella puede elegir entre vivir toda su vida conmigo, cosa que deseo ardientemente, o puede rechazarme por condenarla a una vida que ella no esperaba ni imaginaba.

En cualquier caso, desde ahora, para mí el amor eterno es estar junto a ella. Si consiente, los trescientos años que ella viva. Si no, me suicidaré. En ambos casos, sólo me queda la alternativa de abandonar este mundo que ya no concibo sin la presencia y el amor de Helen.

Subimos a su habitación. Bajé la persiana. Llene dos copas de champagne. Nos metimos en la cama, y brindamos para que el mañana no llegase.

© Juan Antonio Marín 2012 – España

mbvsz7939@yahoo.es

Las dos Elenas

Por Mario Archundia (*Pesado67*)

Amaneció este día tan abruptamente que las pocas horas de sueño se diluyeron en minutos y estos en segundos. Sin embargo, el reloj del buró marcaba las 8.17 de la mañana de un sábado cualquiera. Ella sentía una terrible resaca, tenía la boca pastosa y un horrible sabor que, sin poder evitarlo, tragaba cada vez que hacía el intento de pasar saliva; una saliva agria. El alcohol ingerido trastornaba ahora su cuerpo. La cabeza le daba vueltas, se mareaba con solo alzarla. Los ojos le ardían como cerillas encendidas. Apoyó su frente en la mano blanca, conteniendo el aliento e inspiró profundamente. A punto estuvo de vomitar hasta los pulmones.

Así encontró el día nuevo a Elena. Alguien se movió a unos centímetros de ella. Alargó su blanca mano y acarició el cuerpo aún dormido de su querido Octavio. Aspiró, sin hacer ruido, el perfume que despedía el pecho de su marido. Eso la ayudó a suavizar los indicios del exceso del día anterior. Acarició con suavidad la espalda fornida, velluda y tibia de aquel a quien amaba con loco delirio.

Encendió un cigarro mentolado —siempre mentolados—; el humo aspirado le produjo una segunda sensación de desahogo. Seguridad. Tenía seguridad del amor de Octavio.

El tiempo en el reloj alternaba estas ideas conforme avanzaba. Definitivamente, dado su deplorable estado, no

irían a trabajar, ni ella ni él. ¡Qué importaba si la galería que ella atendía no abría hoy sus puertas! ¡A quién le importaría que sus empleados se quedaran en la calle esperándola inútilmente! No iría y sanseacabó. ¿Y a Octavio? Su Octavio. Que se vayan al infierno sus editores; no acudiría a la promoción de ese libro nuevo que un amigo suyo presentaría con su anuencia.

Cerró los ojos, movió la cabeza en aprobación, mesó su cabellera rubia, ausente de cabellos blancos a pesar de los añitos, que se juntaban cada vez más. Octavio tampoco era ya el novel escritor que frecuentaba los muchos hoyosseudoculturales de la ciudad. ¡Qué decir de los tan famosos cafés de artistas, donde la bohemia se mezclaba con la poesía y con las historias chuscas de quienes las contaban!

A esos lugares y a tantos otros siempre iban, invariablemente, Elena y Octavio y permanecían días enteros entre cigarrillos y alcohol, sin dejar de hablar, sin dejar de fumar y tomar. La vida trascurría divertida para los dos.

—Este muchachito algún día llegara a ser un importante personaje de nuestra sociedad —vaticinó la tía abuela.

Por su parte, a la señorita Elena esas cosas no la atañían; se divertía como toda chica de su clase.

Una bocanada más y el mentolado se acabó. Como una bailarina de ballet, se contorsionaba para alcanzar con sus labios el ombligo de su amantísimo marido.

A todo aquel que le preguntaba la manera en que Octavio la enamoró, contestaba repetidamente: flores blancas y poemas. Decía él que las arrancaba del jardín de su

madre, sin que ella se diera cuenta. Contaba con un excelente sentido del humor, a veces travieso, a veces perverso.

Ella, una chica de sociedad, quedó seducida por las flores y los poemas del joven Octavio cuando cursaron la universidad. En ningún momento él le preguntó si deseaba ser su novia, simplemente se los veía juntos casi todo el tiempo, compartiendo juegos y planes. Así fue incluso cuando se casaron, no hubo el clásico consentimiento por parte de la mujer. Casi sin darse cuenta, una buena tarde se quedó a vivir en la casa de ella. Aún hoy en día siguen en la casa de Cuernavaca, que era de la tía abuela. Venía a visitarla solo ocasionalmente, por los muchos compromisos de Octavio que lo ausentaban por meses de la casa y la vida de su mujer.

Ella realmente no tenía nada suyo; todo, títulos y su vida misma, pertenecía a su adorado Octavio. Juntos conocieron medio mundo: Tokio, París, Madrid, Copenhague, Buenos Aires, Nueva York, Nueva Delhi...

El dinero circulaba a raudales, la herencia paterna se despilfarró. En ocasiones, los gastos corrían por cuenta del erario público pues en su calidad de funcionario cultural de Francia disponía de grandes sumas que usaba, según él, para gastos de representación.

Un día terminaron de viajar juntos. Regresaron a México desde Europa con el pretexto de la débil salud de ella, afectada por el frío recurrente de allá. El médico recomendó para ella el clima templado de México. La ciudad elegida fue Cuernavaca, en la quinta de la tía abuela que tanto apreciaba a su sobrino político. Para que ella no se aburriera, abrió una galería donde expondrían los pintores noveles y, en ocasiones, se efectuaban pequeñas tertulias. Nunca, nunca, su esposo estuvo en ninguna. Llamaba a su

generación, «la última, gloriosa y excelsa». Lo demás eran poetillas de barrio o juniors que jugaban a hacer canciones de *kinders*. «Mamá, soy Paquito, ya no haré travesuras», y cosas así. Detestaba Octavio todo eso, Elena lo conocía muy bien. Nunca le reprochó nada, ni sus ausencias, ni sus pocas atenciones para con ella. Se limitaba a prodigarle su más tierno amor.

Desde que llegó a la ciudad de la eterna primavera se acompañaba de sus historias y de sus gatos; gatos que bautizo con los nombres de poetas muertos: Pablo, Nigromante, Mario, Nicolás, Federico, Jaime, Julio, Rubén, Guillermo, Konstatino... Pero ninguno se llamaba Octavio; primero, porque aún no murió; y segundo, Octavio, su más grande amor, no se podía comparar con el de sus mascotas.

¿Qué momento sería el más grande en la vida de Octavio? ¿Cuando se casaron? ¿Cuando le dieron ese primer reconocimiento en España? ¿Cuando estuvo de agregado cultural en Francia? ¿O cuando nació la única hija de ambos?

Deseaban que fuera mujer. Las niñas, indicaba, son cariñosas, sensibles por naturaleza. Musas de la creación natural. Además, admiraba en la mujer su inteligencia y la capacidad ante el dolor y el infortunio.

Nunca pensó qué hubiera sido de ella y su retoño si en vez de mujercita fuera hombrecito; él los juzgaba chillones, escandalosos, mustios y cobardes, plaga de viles cucarachas que todo lo infestan. Todo reducen a muerte y oprobio.

Cuando la feliz noticia llegó a París, Octavio abordó el primer vuelo hacia México para conocer a su primogénita. Nada le importó abandonar sus compromisos oficiales ni hacer de lado su investidura como agregado de la embajada

de Francia. Nada más por el nacimiento de su hija. Ese gesto tan paternal no pasó desapercibido; el Presidente de inmediato lo separó de tan privilegiada estancia. Años después confesó que, al ser notificado de su remoción, exclamó: «Ya estaba harto de esa ramera en que se ha convertido la ciudad de Víctor Hugo».

De pronto un país oriental hizo su aparición: la India. Allí fue confinado, dado su pasado izquierdista. Pero, para no levantar ánimos encontrados, se le confirió el excelentísimo carácter de embajador. Llevó consigo a su hija y, por un tiempo, a su mujer. Su hija se convirtió en el centro del mundo; la mayor producción de su obra fue en esos años, mientras su hija crecía. El tiempo pareció acelerar su paso desde ese instante, pues la niña pronto se convirtió en una señorita distinguida, elegante y educada. Papá Octavio la mostraba orgulloso en las fiestas de la embajada, ante el servicio exterior, inflaba el pecho y todos coincidían en que, en efecto, la nena era una promesa inequívoca para continuar la obra del progenitor.

Ante eso Elena se sentía abrumada, desplazada de la vida de su gran amor; abandonada en su casa de Cuernavaca. Sumida en la soledad de los laberintos, se negaba a ver más allá de lo evidente. La galería, los gatos, el recuerdo grato de las correrías vividas junto a su marido cuando eran jóvenes. ¿Jóvenes?

Elena, tiene que aceptarlo, es cada vez más vieja. Las arrugas cruzan con ironía su rostro fino; las manos, surcadas por las hondonadas de los años, son afiladas garras blancas. Los dientes, manchados de sarro; tanto mentolado se pega hasta en las conciencias más rebeldes.

¡No! Elena es joven, bonita, preciosa, inteligente y viva; no habita en el cuerpo de esta Elena cada vez más

enmohecida, con más delgados huesos, con más dolores de parto por las mañanas. Si tan solo hubieran envejecido juntos, si tan solo Octavio no fuera tan vanidoso y gustara de la vida corriente, hogareña y benigna... Pero eso no fue posible.

El resuello de otro cuerpo la sustrajo por un momento de sus abstractos pensamientos. Opuesto a ella, al otro lado de la mullida cama, dormía apacible la otra Elena, la hija de su Octavio; su hija misma. Desnuda, serena. De golpe le vino a la mente la noche anterior.

Solo de esta forma absurda acalló los celos y la pesadumbre que la aplastaban, que digería día a día de esa otra Elena. Al tenerla de frente encarnaba el espejo extraviado que ahora recuperaba de un solo golpe.

© Mario Archundia, 2012 – Neza, MÉXICO

psd6710@hotmail.com

<http://salypimientayyo.blogspot.com>

Jonás

Por Mario Archundia (*Pesado67*)

Rosa María creció huérfana, solo al amparo de su caritativa tía Cecilia, mujer soltera muy a su pesar, y de sus muchos años. En ella vio la oportunidad de realizar ese capricho de ser madre, pues desde entonces la vio como la hija de sus propias entrañas.

La niña se convirtió en una bella jovencita de finos modales, acompasados movimientos y altiva figura en la que destacaban el moro de su piel lozana y el brillo enigmático de unos ojos verdes. La dulce voz que juega con el viento. Doña Cecilia paseaba orgullosa la belleza perfecta que era su hija Rosa María.

Las dos mujeres vivían solas, casi enclaustradas en un viejo caserón propiedad de la doña; se mantenían de la herencia de la niña, pues sus padres al morir le dejaron unos negocios. Todos bien habidos, producto del trabajo y la prudencia de antaño.

Costumbre de muchos años, al no tener compañía más que la propia, adoptaron mascotas para hacer más pasaderas las soledades. Las hubo de todas las especies: perros, gatos, loros, canarios, hasta chivos y uno que otro borrico. Les procuraban muchos cuidados, muchos apapachos, que los animalitos pagaban con solícito apego y obediencia.

Pero hubo una mascota en especial que cautivó toda la atención de la señorita Rosa María: un gatito blanco, ojiazul,

angora, precioso, muy pretencioso, marchaba con garbo, alzaba las orejas y la cola cada vez que se paseaba altanero por las esquinas de la casa. Maullaba deliberadamente, con claro propósito de llamar la atención.

Jonás llamaban al gato; y Jonás acudía presuroso al llamado de su ama, la graciosa señorita. Tanto era el cariño que le profesaba que no solo comía ricos manjares, sino que lo hacía del mismo plato de su dueña; a la hora de dormir, ella abría sus limpias sábanas al minino y sin el minino pudor descalzaba sus pies y desnudaba su piel a la vista de este. El mimado gatuno ronroneaba de satisfacción mientras no perdía detalle de los suaves movimientos femeninos.

El gato parecía tener una rara inteligencia animal; seguía, entretenido, los monólogos de la mujer y ella resultaba en creer que Jonás entendía sus palabras.

Un día Cecilia se dio cuenta de esta extraña conducta. Comprendió al fin que su hija adoptiva necesitaba la congruente compañía de alguien más que una madre ya vieja y un gato chambón.

Había por el pueblo un joven de buen nombre, apuesto, educado, heredero de una gran familia. Buen prospecto para Rosa María. Los domingos en la mañana, cuando el padre Flavio oficiaba su primera misa, Cecilia varias veces descubrió un cruce de miradillas cómplices, signo inequívoco de un romance que apenas empieza a despuntar.

—Anda —le dijo su buena madre—, ya es tiempo de que te ocupes de los dictados del corazón, ahora es cuando los amores se perpetúan en la memoria. Si no, mírame a mí; por no hacer caso a los sentimientos, nunca supe del amor de un hombre. No, hija mía, eso no quiero para ti.

Rosa María entendió la sapiencia materna. Bastó con un pestañeo para que los dos se prendiesen uno del otro.

Por la noche, Rosa María volvía a su monólogo habitual, el gato escuchaba atento cada palabra y si alguien lo hubiera mirado con más detenimiento, habría observado la grave dilatación de las pupilas; hoscas pareceres de desaprobación.

Las citas fueron más frecuentes. Por fin una luz en medio de tanta soledad parecía encandilar una radiante felicidad. Todas las noches sin falta, la feliz muchacha detallaba sus encuentros amorosos y las visitas a la casa de sus próximos suegros. Porque, eso sí, pronto habría boda.

Fue una noche espléndida, con luna llena y sin nada de estrellitas, cuando vinieron los padres a pedir la mano formalmente. Doña Cecilia ordeno encerrar a Jonás; deseaba una velada a gusto, sin sobresaltos ni novedades de ninguna índole. Se habló de tradiciones, épocas demasiado viejas y nuevas costumbres. De la buena pareja que hacían los jóvenes enamorados. De fechas y horas; por último, de lo conveniente que fuera Rosa María en irse a vivir a la casa de ellos.

Entre delicioso convite, charla y más, se acordó que así sería. En unos meses se unirían en santo casamiento.

Doña Cecilia adivinaba con solo ver a su hija la enorme felicidad que encerraba. En todo ese tiempo nadie tocó el tema del gato Jonás. Sería que la suerte del gato estaba echada definitivamente.

El gato la aguardaba impaciente, maullaba molesto y, sin embargo... Por primera vez ella lo echó del dormitorio,

ante la inusitada extrañeza de este, que varias veces quiso entrar y ella lo azuzó.

— ¡Jonás, vete! ¡Fuera! ¡Largo!

¿Qué pasó? Cuando el corazón se llena de amor, todo lo demás viene sobrando. Jonás sobraba.

De hecho fue Rosa María quien sugirió el destino del felino. «Se quedará con usted, mamacita, para que le haga compañía». El gato le lanzó una rabiosa mirada. Nadie se percató de eso, pero ahora Jonás vigilaba los movimientos de la señorita. Ella ni siquiera le platicaba por las noches. Por las tardes, tomada del brazo de su prometido, paseaba por la ciudad; iban y venían en la acometida de los preparativos.

Traer el ajuar de la novia fue la conmoción total, pues alguien lo dejó tendido en la cama, cosa que aprovechó Jonás para dormitar encima. Rosa María se llenó de ira al descubrirlo hecho un ovillo sobre el immaculado vestido.

—¡Gato cochino! ¡Fuera, fuera! —gritó repetidas veces.

Doña Cecilia, alertada por las voces acudió presurosa.

—¿Qué sucede, hija? —preguntó alarmada.

—Mamá, el gato llenó de pelos mi vestido.

En esa ocasión el gato fue tundido a golpes con vara de bambú y lanzado definitivamente de la habitación de la casadera.

El odio que brotaba de los ojillos azules de Jonás presagiaba cosa horrible por acontecer. Nadie prestó atención al maligno perfume que Jonás despedía.

Faltando una noche para al fin casarse, la niña se retiró a dormir, en espera del día nupcial. La casa entera se llenó de silencio, parecía dormir un sueño de lejano despertar.

Por la madrugada, doña Cecilia se levantó sobresaltada; eran las cinco de la mañana, le extrañó la completa calma que envolvía a esa hora a la casamentera. Se dirigió a su cuarto, tocó y llamo varias veces; nadie contestó. Abrió la puerta de golpe, las muchas sombras se abatían sobre las cosas.

—Rosa María, hija mía, que ya es tarde —decía, mientras buscaba con qué romper la tiniebla.

"CLIC". Se iluminó de pronto todo aquello.

—¡¡Dios Santo!! —exclamó con estupor la buena mujer. Los globos oculares se agrandaron al máximo en un vano intento de despertar de esa pesadilla. Volvió a gritar, con hondo espanto.

—¡Nooo! ¡Rosa María, no!

Quien la descubrió, la encontró de rodillas, a un lado del lecho, con la mirada suspendida. Rosa María se hallaba tendida, desfigurada, la almohada tinta en sangre. Un maullido lastimero sonó debajo de la cama. Otros hombres comprendieron entonces que el gato fue el asesino de su propia ama.

Lo buscaron afanosamente con la determinación de matarlo, con la misma saña que él obró. Mas parecía muchos gatos a la vez; su voz retumbaba a lo largo de la lúgubre casa. Después de muchas horas, el que iba ser esposo de Rosa María dio con él.

Le asestó un golpe de hacha en la cabeza. De inmediato un pútrido hedor invadió el lugar; muchos se santiguaron, y dicen que el techo tronó como si un espíritu malo abandonara este mundo.

El tiempo pasó, doña Cecilia se fue lejos de allí, a un asilo, donde nunca más habló. Murió de repente, nadie acudió a su sepelio.

La casa donde fue el atroz suceso también quedó abandonada. Allí, si se tiene valor, se podrá escuchar, en la medianoche, el maullido de un gato perdido en la inmensidad del jardín.

© Mario Archundia, 2012 - México

La decisión

Por Fernando Hidalgo Cutillas (*Panchito*)

Pocos días antes de mi octogésimoquinto cumpleaños recibí una carta, un acontecimiento poco frecuente. Hacía mucho tiempo que casi toda la correspondencia de la ciudad circulaba por correo electrónico. El sobre provenía de la Oficina de Bienestar Global de mi distrito y sólo contenía una cuartilla que era una simple citación: *Le rogamos se presente en estas oficinas antes de treinta días a partir del recibo de esta nota. Nuestro horario es..., etc.*

A mi edad tengo pocas obligaciones que atender y mucho tiempo libre, el plazo me venía largo, así que al día siguiente me puse el traje de los domingos, tomé mi bastón de caoba con empuñadura de titanio y me encaminé a la citada oficina.

Paseando bajo el tibio sol de las primeras horas de la mañana, me esforzaba en alejar la inquietud que la citación me había producido. ¿Qué podrían querer de mí en la oficina de bienestar? Supuestamente el Departamento de Bienestar Global vela por cubrir las necesidades de las personas con problemas pero yo, aunque vivía solo, no tenía problemas, al menos no del tipo en el que los políticos puedan meter la nariz.

Ya cerca de mi destino compré el diario en el único quiosco superviviente de la zona y lo guardé bajo el brazo,

en previsión de una probable y quizá larga espera. Recorrí con paso decidido los últimos metros y entré en el edificio.

Apenas habría diez personas en el vestíbulo, todas ellas sentadas, dispersas, en unos asientos con acabado de imitación a madera. Tal como había imaginado, la atención al usuario estaba automatizada. Me dirigí a uno de los grandes monitores de cristal líquido del punto de información. La imagen de una muchacha sonriente, que no paraba de hacer muecas que pretendían ser gestos amables, me revolvió el estómago. Una voz femenina, sensual y melodiosa salió de alguna parte:

Coloque su dedo pulgar derecho sobre la zona marcada, en la parte inferior de la pantalla, por favor.

Seguí la indicación y al momento la muchacha sonriente desapareció para dejar paso a una ficha personal que contenía mis datos.

Le rogamos que confirme su identificación pulsando el botón verde; si es errónea, pulse el rojo.

Toqué el botón verde y la empalagosa muchacha de las sonrisitas reapareció en el monitor. Unos segundos después la voz volvió a darme instrucciones.

Espere en el sillón número veintiuno. Una de nuestras azafatas se encargará de su caso lo antes posible. El Departamento de Bienestar Global le agradece su visita. Que tenga un buen día.

Agarrando el diario como un salvavidas caminé hacia la zona donde se alineaban los asientos. Localicé el número veintiuno, me senté en él y me dispuse a soportar estoicamente la tortura de una larga espera. Afortunadamente mis temores resultaron infundados; aún no había terminado de ojear la portada cuando se acercó a

mí una mujer bastante gruesa que rondaría la cincuentena. No daba la imagen que yo tenía de una azafata pero ésa parecía ser su función.

—Buenos días. Señor Campos, ¿verdad? Sígame, por favor.

Su voz auténtica y su actitud amable derrumbaron mis prejuicios al instante. Caminé tras ella por un vericuetto de pasillos hasta una puerta de cristal translúcido. Golpeó con los nudillos antes de abrir invitándome a pasar.

—Don Vicente Campos —anunció y, dirigiéndose a mí, añadió con simpatía— ¡Que tenga suerte! Volveré a recogerlo cuando terminen.

Todos los temores que antes había logrado conjurar se agolparon en mi mente en ese momento. ¿Por qué me habría deseado suerte?

La pieza era un pequeño despacho con una mesa blanca de escritorio, dos sillas frente al sillón del anfitrión y absolutamente nada más. El hombre que lo ocupaba se alzó unos centímetros de su asiento a modo de saludo.

—Siéntese, ¿quiere? —invitó.

Lo hice, y me quedé mirándolo con cara de "usted dirá...". Él era muy joven. Noté que estaba tenso. Sonrió nerviosamente y comentó algo banal, no recuerdo qué. Saqué del bolsillo interior de mi chaqueta la nota que había recibido y la puse sobre la mesa.

— ¿Quería usted verme? He recibido esta carta...

El joven se puso serio y adoptó un aire solemne antes de contestar.

—Verá, señor Campos, el motivo de su presencia aquí es que, según nuestro archivo, usted ha cumplido ochenta y cinco años... Y aún no ha tomado la decisión —explicó en voz tan baja que apenas pude oírlo.

—¿La decisión? ¿Qué decisión? —Yo estaba verdaderamente intrigado.

—Verá, señor Campos —repitió—, hace unos años, el Gobierno decidió ampliar los servicios a la ciudadanía en un tema muy sensible, pero muy delicado también. Durante décadas la Salud Pública se ocupó de la vida, pero muy poco de la muerte. Los progresos médicos permitieron alargar la vida de los ciudadanos y ciudadanas; no sólo alargarla, también darle calidad y bienestar. Pero eso tiene un límite, que habíamos sobrepasado ampliamente. La consecuencia fue que muchos enfermos y ancianos se veían abocados a una tortura insufrible en sus últimos años. La Medicina había llegado demasiado lejos con ellos, no podía curarlos pero tampoco les permitía morir y vivían una especie de lenta agonía durante largo tiempo. Por otra parte, los costes de todo ese esfuerzo inútil, peor aún, perverso, eran enormes.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo y con la decisión que dice que he de tomar? —interrumpí. Yo no comprendía para qué me estaba contando todo aquello.

—Déjeme que le explique... Cuando el Gobierno decidió intervenir en esta situación, hace ocho años, en el 2016, se creó un servicio de Eutanatología en todos los hospitales generales del Estado. Cuando algún paciente sobrepasa los límites de una vida aceptablemente soportable, sus médicos lo dirigen a ese servicio. Allí se le informa de su derecho a una muerte digna, rápida, sin sufrimiento ni dolor, se le propone el ingreso definitivo y el paciente decide. A algunos les cuesta, el instinto de supervivencia es potente,

pero en general se impone el sentido común y acaban accediendo.

—No puedo creer que esté usted proponiéndome que yo decida morir... ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso me ve decrépito? Es la situación más absurda en la que me he encontrado en toda mi vida —protesté, con sarcasmo.

—No se enoje, señor Campos, y déjeme terminar. Hace unos dos años se hizo una revisión sobre el funcionamiento de este sistema y se detectaron varios fallos; el principal, que por algún motivo muchas de las personas candidatas a recibir este servicio nunca llegaban a contactar con él. Un apego irracional a la vida, a cualquier precio, o un malentendido amor de la familia o, en ocasiones, intereses creados, este tipo de factores interferían en el buen funcionamiento del proyecto. Entonces se decidió que los enfermos con determinadas dolencias y todas las personas a partir de la edad de ochenta y cinco años deberían, anualmente, si tenían buen uso de sus facultades mentales, entrevistarse con un psicólogo y después decidir por sí mismas si querían seguir viviendo o no. Y ésa es la finalidad de esta entrevista, que usted tome esa decisión.

—Así que es usted psicólogo... —deduje—. ¡Qué extraño!, leo la prensa todos los días y no recuerdo nada sobre lo que acaba de explicar.

—Ya le he dicho que el tema es sensible y delicado. No se ha hecho nada para informar a la población en general, pensamos que hacerlo sólo daría problemas. —El funcionario puso frente a mí un impreso—. Ha de rellenar este cuestionario y firmar debajo. Eso es todo.

Se trataba de marcar las casillas pertinentes en una serie de preguntas sobre mi salud, el tipo de vida que hacía,

mis relaciones familiares y hasta mis ingresos mensuales. Y al final, la decisión, planteada en estos términos:

¿Desea usted que el Estado lo/la ayude a terminar drásticamente con sus dolencias, con los mejores medios que la Medicina puede ofrecer en este momento? Y dos opciones: SI/NO.

—Pero aquí no dice nada de eutanasia... —señalé.

—Intentamos no herir ninguna sensibilidad. Cualquiera entiende que ese final drástico no puede ser otro.

Marqué NO, firmé la hoja y la devolví al joven, que la guardó en un cajón sin mirarla.

—¿Lo ve usted?, no era tan difícil. Ya está. El año próximo, más o menos por estas fechas, volveremos a vernos. —Se levantó de su silla para despedirme y nos estrechamos la mano—. Que tenga un buen día, señor.

La azafata apareció en la puerta como por arte de magia y me dispuse a seguirla hasta la salida. Mientras caminaba tras ella me crecía la sensación de haber caído en una trampa, no estaba seguro de no haber firmado mi condena a muerte. En ese momento empecé a darme cuenta de que había renunciado por escrito a la ayuda médica del Estado. Pero me daba igual, ya sólo quería salir de aquel asfixiante lugar cuanto antes.

© Fernando Hidalgo, 2012 – España

tutankamon@gmail.com

unaymilnoches.blogspot.com

EDICION ESPECIAL

III ANIVERSARIO

LETRAS ENTRE AMIGOS

MAYO DE 2014